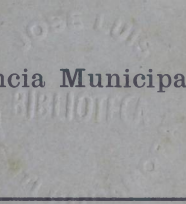




Publicación auspiciada por la Intendencia Municipal



REVISTA

DEL

JARDÍN ZOOLOGICO

DE BUENOS AIRES

(TRIMESTRAL)

Director: CLEMENTE ONELLI

SUMARIO

Idiosincrasias individuales de los pensionistas del Jardín Zoológico. — El Director — Los poneyes môngolos — G. Martinoli — Morfología é Histología de cerebros de mamíferos. C. Onelli — Análisis de sangre de Rinoceronte. — V. Vucassovich — Los derechos del hombre y del animal. Conferencia. — C. Onelli — Vida social Zoológica. — Castigat ridendo mores — El Gallinero. — Wlandotte azul y C. O. — Catriel y Cautiva. — Eduardo Talero. — Movimiento administrativo.

BUENOS AIRES, OCTUBRE DE 1911

Época II. — Año VII

Núm. 27

Director: CLEMENTE ONELLI

REVISTA
DEL
JARDÍN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE LA INTENDENCIA
MUNICIPAL DE LA CAPITAL

EPOCA II. — TOMO VII.

BUENOS AIRES
IMPRESA DE G. KRAFT, CANGALLO 641
1911

REVISTA DEL JARDÍN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

AÑO VII

OCTUBRE DE 1911

NÚM. 27

**Idiosincrasias individuales
de los pensionistas del Jardín Zoológico**

XXVII

* * *

Darwin se esmeró en demostrar cómo los vulturidos en general, para buscar el alimento, son guiados absolutamente por la vista y no por el olfato.

Mirando ahora las varias especies de grullas que vagan libres por los jardines de nuestro parque, animales que son omnívoros, pero que prefieren las lombrices que viven bajo tierra, he tratado de saber por la observación directa, si el encontrar estas lombrices depende más del olfato que de la vista.

Hasta que la muerte no ponga á mi disposición un encéfalo de estas aves que me haga ratificar ó rectificar la observación, pareceme que las grullas buscan las lombrices bajo tierra, muy poco ayudadas por la vista, mucho por el tacto y mucho más por el tanteo, no pudiendo absolutamente, decir nada si el olfato entra en algo, en el sistema de su caza.

La grulla, observada así superficialmente, y en el momento que urguetea encarnizadamente en el suelo, parece á primera vista que habiendo hallado un pequeño orificio lo ha ido ensanchando y ahondando con sus picotones de golpes de cata-pulta hasta llegar á encontrar el cuerpo del anélido oligoketa.

Es probable que esto suceda después de las lluvias, cuando la lombriz, para depositar al exterior y en montículos la tierra digerida ha abierto esas pequeñas perforaciones. Pero he creído observar, que estas diminutas perforaciones y elevaciones desaparecen superficialmente cinco ó seis días después de buenos soles.

Sin embargo, la grulla sigue cazando lombrices y con más ahinco quizás, probablemente por la escasez de su cosecha. Entonces que creo que intervienen, sobre todo, el tanteo, el caso y el discernimiento táctil del pico, una vez que la primera parte haya dado resultado satisfactorio.

Así, debe ser, porque apenas termina la lluvia las grullas (antigona, siberiaca, pavonina y virgo), se dispersan por todos los canteros del parque en la caza fácil y abundante; dura así su cosecha generalmente, por tres y cuatro días. Cuando la tierra se ha bien oreado y empieza, por lo tanto, para ellas la época de carestía, permanecen ya constantemente en el punto á ellos destinados, especie de rendez-vous organizados por la dirección, mediante el depósito continuado de alimentos, y entonces comen su grano y en el mismo lugar tratan de sondear el terreno y ver si consiguen lombrices, no como plato de resistencia sino, como, entremets. Son ocho grullas que hacen sus tanteos en unos cincuenta metros cuadrados, de terreno, y donde, por sus picoteos constantes, la tierra está toda removida, agujereada y al ray-grass siempre visiblemente cubierto de humus.

He ido frecuentemente á observarlas en ese punto y la maniobra aparece bien clara: la grulla da un fuerte picotón en el suelo y si éste, por su dureza, no responde satisfactoriamente al golpe, da otro y otros picotones á su alrededor, hasta que en un punto vuelve á repetir cuatro ó cinco golpes, empezando

con su pequeño martinete la perforación. Hasta aquí es el tanteo quien ha obrado, y esa operación preliminar se diferencia de la manera de conducirse inmediatamente más tarde cuando supongo, ya entra en juego la facultad táctil del pico.

Entonces ya no son los golpes secos y elevados sino un urgueteo rápido, un movimiento casi atirabuzonado del pico que profundizándose en el humus ya presiente la cercanía de la lombriz, y la anda buscando.

Todo esto bien observado, y también bien pensado, no es nada de admirable ni como rasgo de inteligencia de la grulla ni como una manera muy hábil de proveerse de su alimento favorito, pues ella se ayuda con la vista cuando las perforaciones visibles le permiten ese medio de caza, y con los otros medios muy comunes de tanteo, estrictamente ligado con la sensación tátil, cuando la caza está del todo escondida.

*
* *

Entre las muchas variedades que se han obtenido en la domesticación de la paloma común (*columba livia*), hay una, que seleccionada bajo el cielo de cobalto de Andalucía y nacida en nidos engarzados entre tiestos de claveles y geráneos de fuego, ha templado altísimos sus arrullos de amor, á los acordes de guitarras vibrantes de pasión en los límpidos plenilunios de una noche sevillana; y se produjo una raza de tenorios conquistadores y á los que, el hombre, orgulloso y de las mismas tendencias, negó sus pergaminos y sus títulos y llamó á esta raza emprendedora, con el vulgar nombre de "Paloma Ladrona".

Entre el cálido ambiente saturado de amor proteiforme y la inexorable ley atávica, que obliga á las palomas á ser monogamas, le Ladrona encontró un feliz *modus operandi* que concilia la casta tradición familiar con la bíblica alcoba salomónica, cooperando el hombre á ese artificio tan poco moral para un pájaro que, aunque agarrándose por el pico con su pareja, es el emblema del amor cándido y puro.

El palomo una noche sintió abrir con recelo el fondo de su alcoba, le pareció ver un mónstruo en forma de mano velloosa que iba tanteando en las tinieblas; y el palomo no chistó; cuando, al alba, la luz penetró en el nido, ya la compañera no estaba allí. Pensó quizás un momento en su inesperada viudez, quizás quiso, como en otras regiones, respetar por un tiempo su duelo, pero el sol de Andalucía se agitaba en lenguas de fuego entre las amapolas del trugal, que se estremecía al vuelo planeado y bajo de una bandada de hembras. Rápido se fué sobre ellas, apartó una, y la costumbre monogámica del palomo no quedó interrumpida ni por un momento.

Y esa noche, y la siguiente, y otras, y otras más, siempre el fantasma iba tanteando las profundidades de la alcoba, y siempre á la mañana siguiente, el sol, las amapolas, la bandada de hembras, volvían á consolar á ese pobre palomo de Andalucía.

En otros nidos era el palomo el que desaparecía, y á la mañana siguiente la derelicta buscaba por deber y por decoro, un apoyo, un amparo.

Se hizo costumbre: la variedad de la paloma ladrona se produjo así, casi si sucesión, con un malthusianismo de nuevo cuño, y que el hombre que explotaba ese comercio corrigió más tarde encerrando en jaulas parejas y obligándolas así, á transmitir nuevas cualidades de raptos á las generaciones futuras.

Las palomas ladronas forman ahora un sport apasionado en algunos puntos de España, y hay crías tan célebres como los toros del duque de Veragua.

El Jardín Zoológico, hace ya cerca de cuatro años, obtuvo en donación dos casales de estas palomas ladronas y que deseamos utilizar para ir disminuyendo poco á poco el extraordinario número de las comunes, que abundan en el establecimiento.

Después de un período prudencial de aclimatación les fueron abiertas las puertas de su palomar, se quitaron, ora á él, ora á ella; pero no se efectuaba el rapto, sino que hasta re-

chazaban como intrusos, á aquellos pájaros del sexo opuesto que el guardían, tan obsequioso, ponía á su disposición. Ante esos consejos prácticos repetían incommovibles las austeridades de San Luis, rey de Francia, y las palomas raptoras de Ardalucía, bajo el cielo Americano, volvían á la atávica regresión, de pureza y de fidelidad en que fueron criadas.

Los dos palomos ladrones y las dos tiernas palomas, buscadoras de marido, con afamados pedigrees, respetando su rehabilitación en tierra Americana, han sido reintegrados á sus hogares.

Aquellos perdularios son, ahora, pacíficas parejas, familias honradas que crían en el más austero monogánismo á sus hijos, y que no vuelan más lejo de veinte metros de su palomar, convertido ya, en aburrido santuario de tradicionales purezas.

*
* *

¡Ay del caído! para él no hay misericordia.

El ensañamiento perverso y cruel con el herido por la desgracia, es un defecto que aparece en algunas especies de animales, cuando viven en una colectividad suficientemente numerosa.

Dos monos encerrados juntos, dos perros de vida común, dos osos, si pueden llegar á quererse, puede ser también que alimenten una antipatía irremediable uno hacia el otro y que produce luchas constantes, peleas y hasta la muerte de uno de ellos. Pero entonces es una lucha franca, abierta, declarada, con pequeños momentos de intervalo y que se enardece á cada nuevo pretexto. Esta incompatibilidad de carácter puede explicarse y no llama mayormente la atención.

Turba, en cambio, la mente del estudioso de psicología zoológica ver cómo el consorcio social de mayor número de individuos de una misma especie, lleva aparejado el desarrollo de una inmensa perfidia, la unión de todas las fuerzas para ensañarse contra aquel miembro de la colectividad cuya aten-

ción del "quién vive," y el desfallecimiento momentáneo de su perspicacia ó de su salud ponen en un estado de inferioridad visible, la que en el acto es aprovechada por todos menos, en ciertos casos, por el único amigo verdadero, ensañamiento que termina generalmente con la muerte del acosado.

Quizás la conducta de leones y tigres amaestrados, en una jaula del domador, explique el génesis de la perfidia de monos, cañidos y ursinos. Si un león pierde la paciencia y voltea de un zarpazo al domador, hasta entonces siempre respetado y temido, todas las demas fieras se le van encima y tratan de ultimar á su tirano; eso es bien explicable: el hombre en el suelo ha perdido la aureola de un ser invencible; van, al fin, á poder contra él, y proceder rápidos al desquite de tantos trances amargos pasados.

Pero los felinos en general, comprendidos los gatos domésticos, pelean entre sí francamente con armas y fuerzas iguales y no saben buscar ventajas cobardes y colectivas, contra congéneres: si dos de ellos pelean los demás miran, ó más bien se desentienden completamente del asunto; pero si se inicia la lucha entre dos perros, dos zorros apenas uno de los contrincantes toca el suelo con la espalda, perros, zorros, lobos, lobas, zorras, y perras, pollice verso, concurren con saña inconmensurable á despedazar al caído. Así he encontrado varias veces pocos restos sanguinolentos de una víctima hecha añicos durante las horas nocturnas, y cuando el crimen colectivo es cometido de día, apenas se alcanza á retirar del recinto un pobre ser agonizante.

Desde hace tiempo me es conocido ese paroxismo delictuoso de ciertas especies y que recordé hoy, fin de Septiembre, al pensar frente á la jaula de los alegres y bufones monitos del Paraguay. Allí desde hace algún tiempo reina soberana la paz: cuando Martín el más viejo habitante de la jaula, cabecilla despótico y caprichoso, se dió cuenta por un soberbio vapuleo de que un grupo de macacos rhesus, allí recién instalados, no admitían chanzas y se defendían concordes de sus prepotencias, hubo una santa tregua, un modus vi-

vendi apacible y debido al cual cada uno respetaba á los demas y era respetado. Con esa nueva y numerosa colonia que balanceaba justamente las fuerzas de los invadidos con los invasores, se pudo demostrar qué incierta es la opinión de los naturalistas cuando sostienen que dos especies diferentes de una misma familia, sobre todo en los monos, jamás pueden vivir juntos; pero esta mañana un monito del Paraguay, comida muy ligero su ración, abandonó alegre á sus compañeros que permanecían en el bajo, sobre la mesa tendida, y se fué á jugar estudiando ingeniosamente la manera de atrapar una insignificante ramita de árbol que había caído sobre el abovedado tejido de la jaula. Tendió su hocico entre las mallas y tanto trabajó que consiguió aferrar el objeto deseado.

Sea que forzara demasiado el brazo y le fuera difícil volverlo á entrar por la angosta abertura, sea que con el puño cerrado para no largar la presa quedara enredado, el hecho es que se afligió y empezó á gritar con voz lastimera.

Aprisionado como se encontraba, en un segundo los treinta y cinco compañeros escalaron, rápido por el tejido, y como una hidra de treinta y cinco cabezas se le fueron encima á morderlo, á martirizarlos: uno sólo, un mangabey amigo, un poco á lo lejos gritaba desesperado ante esa ignominia; fué gran suerte que el guardián estuviera en ese momento en la pieza anterior haciendo limpieza, y pudo salvar á la pobre víctima del odio colectivo que se había desencadenado todo en un segundo. El monito tiene ahora catorce dedos, media cola, todo el lomo pelado, una herida sobre el húmero y le falta una oreja.

Esta escena tan poco edificante, tamizada convenientemente, despojada de su animalidad tan genuina, sirve para comparaciones de estados psíquicos del alma humana que colectivamente tiene á veces cobardías criminales, inexplicables en ciertos estados de cultura, si el substrato ancestral y primitivo, no se revelara tan claro en las especies inferiores.

Lo que el clásico dijo en otro sentido bien puede aplicarse á este caso: Senatores boni viri, Senatus mala bestia.

Pues estos demoniacos monos conocen también el otro atropello cobarde, y que responde á la consciencia de la fuerza del mayor número contra el débil: los monos reunidos en colectividad usan ampliamente del derecho salvaje del manteo. En una jaula de ellos es imposible poner un nuevo huésped; lo acorralan, lo pelean, lo muerden, lo hieren, y si pueden lo matan: no hay vigilancia posible: al primer descuido proceden al clásico manteo.

Pero yo he encontrado el remedio: espero que los nuevos huéspedes sean un número respetable y con ellos, sobre todo si son muy chicos, largo al recinto un mono de mayores dimensiones; entonces los más valientes reciben afablemente á los recién llegados; no hay manteo. Es un sistema eficaz que recomiendo á los colegios militares del mundo, donde existe todavía la ancestral y animalesca costumbre.

*
* *

Al Sr. Dr. José M. Bustillo

Si el estudioso de costumbres animales quisiera humanizar á los gansos no llegaría más allá de compararlos á las alegres comadres de Windsor por su insulso y frívolo cotorreo. De nada les ha valido que su curiosidad y alboroto conventillero descubrieran en una noche de luna la escalada de los galos al Capitolio y pusieran en guardia á los soldados romanos profundamente dormidos, como los legionarios del Santo Sepulcro, ni que siempre hayan mantenido esa costumbre de vigilancia tan apreciada en los perros. De nada les ha valido, ni entre los románticos, para nobilitar un poco á la oca portadora de aquellas plumas, las que desde la invención del papel hasta hace unos cuarenta años sirvieron para escribir tantas obras inmortales. Inútil todo eso: hasta que su cuerpo no sale dorado del horno, ó que su hígado enfermo no se presente en canapé

sobre la mesa de los ricos, no se aprecian sus cualidades, pues es creído un animal del todo imbécil; y no lo es. Sus manifestaciones vocales de enojo, de placer, de asombro y de curiosidad, tienen distintos matices, que cualquier *fermière* de gansos de Tolosa y cualquier gretchen, calzada de gruesos suecos y que ande atrás de los cándidos y voluminosos gansos alemanes de Ebden, conocen á las mil maravillas. El enojo y el miedo no tienen, por ejemplo, las altas y rasgadas notas del bullicioso regocijo á la orilla de una laguna; son resoplidos sotto-voce y mientras los hacen muestran claramente en su fisonomía un aspecto de enojo; algo así como si un ganso quisiera con su cabeza tan inexpresiva imitar los gestos de un gato ó de un león enojado: sin juego de músculos faciales, sin cara y con tan sólo un pico y dos ojos casi inmóviles como cuentas de vidrio, alcanzan suficientemente bien á imitar el huraño gesto del felino enojado.

El ganso macho, señor del harem, con su prosopopeya y su voluminoso abdomen, se pasea magestuoso y con cortos pasitos de aláxico, tiene un aspecto patriarcal, más que el gallo en reposo cuya lujuria chispea hasta por la cresta. Este pasea demasiado erguido, con ridículos pasos de marcha de parada alemana, mientras sus odaliscas se revuelcan desaseadamente en un baño de polvo ó escarban la tierra con movimientos nada elegantes: es un guarango que pasea insolentemente su fortuna: mientras que el ganso tiene todo el aspecto de un señor bonachón que vigila — más bien espera — que sus muchachas terminen al sol y sobre la espesa alfombra verde su toilette cuidada, la que consiste en peinar sus plumas y darles el lustre coqueto con la brillantina que extraen de su glándula uropigía.

Y el ganso demuestra tener más coraje que el gallo: éste no es guapo á sangre fría, es tan sólo un sanguinario que se enciende de celos con la presencia de otro macho; es tímido y flojo en presencia del hombre, es el primero en huir, llamando en la retirada a sus esposas.

El ganso ¡oh el ganso! es otra cosa; hace frente al hombre, trata de perseguirlo y sobre todo de detenerlo hasta que sus

hembras se hayan alejado y posiblemente refugiado en el agua; entonces ellas con su vocinglería le dan el anuncio de estar ya en aguas seguras: contesta él y se aleja, después de haber cubierto tan dignamente la retirada de su familia.

Pero yo he visto aun más humanizados á los gansos; los finos matices de la diferente intensidad del dolor ante la muerte expresado con más violencia por los miembros, de una sola familia y más moderada y recatadamente, entre un grupo de gansos, recién llegados al jardín como donación del Dr. José Ma. Bustillos.

Eran ocho esposas de un magnífico Tolosa, que arrastraba orgulloso, los blasones de su barriga de raza pura. Unidas y bullangueras pastaban tranquilas en la verde pradera, sin celos de los favores concedidos por el Señor á la más joven de ellas; y la pobrecita, novicia á los empujes del primer huevo de fines de Septiembre, cayó fulminada por un colapsus cloacal, diríamos casi murió de parto. El espectáculo nuevo y doloroso de un ser querido yerto en el suelo, la cabeza doblada bajo el cuerpo, las volvió locas de dolor. El macho y sus siete hembras reunidas gritaban con acentos desesperados y de otro matiz, y con el pico, con las alas y con las patas, trataban de reanimar ese cuerpo, y ante el esfuerzo inútil, emitían más agudos sus gritos de dolor: la más bella y la más joven del harem, se había ido para siempre, y quedaron rodeando su pobre cuerpo, ya disminuyendo notablemente el estallido doloroso del primer momento.

Y hete ahí que al poco rato, capitaneada por el jefe de la tribu, solemne y pesado por los blasones de su barriga que arrastraba en el suelo, llega la gansada del Dr. Bustillo, llamada desde lejos y de otras lagunas por los alaridos de duelo que habían comprendido.

Se ligaba así en un trance tan doloroso la relación social de dos familias; eran ahora diez y seis gansos que en rueda que jumbrosa desempeñaban el piadoso oficio de velar ese cadáver: pero ya las notas de su traquea ronca no eran agudas, pues el dolor del primer momento se había apaciguado en la familia

y la impresión dolorosa y solidal de los visitantes era, naturalmente, de más compostura.

Cuando llegó la máquina fotográfica para comprobación de aquella escena piadosa, las visitas se habían retirado, los deudos rodeaban un poco más á lo lejos y había entre ellos quien ya picoteaba los hilos de hierba y quien volvían á la prolija toilette de sus plumas: pues si el tiempo es el gran bálsamo lenitivo del dolor, paréceme que entre los animales corre más ligero y es de efectos más rápidos.

*

* *

Nuestro cuervo de Europa no era lo que puede llamarse un orador: pero lo muy poco que pronunciaba lo decía muy bien, y á veces fué también desconcertante ó *troublant*, como dirían los franceses. Cuentan que un día con la sola palabra que sabía decir: "Yago" detuvo á un hebrío, que apostrofó troncos de árboles y sombras imaginarias, perseguido por esa voz misteriosa que venía de lo alto y que decía insistente: Yago, Yago; algo así como el reproche á Saulo sobre la vía de Damasco.

Nuestro cuervo era hurraño, poco gentil, y sobre cincuenta veces que el Director, ante visitas de distinción, lo invitó á pronunciar su discurso, cuarenta y cinco por lo menos hubo de desistir de la representación de ese número del programa de *great attraction pour épater les étrangers*. No solicitado, repetía á veces insistentemente su alocución.

Ahora, desde Noviembre del año pasado, no ha vuelto á lucir sus cualidades de tribuno prisionero. Creyéndolo caprichoso no me había llamado mayormente la atención; pero desde hace pocos días tengo casi la convicción de que con la falta de ejercicio de sus órganos vocales ha olvidado la manera de poder pronunciar su gutural mote bisílabo.

El, en invierno, baja al piso de su jaula tan sólo en los momentos de alimentarse, y prefiere quedar todo el día y

toda noche en los sostenes más altos de su residencia, bajo el techo abovedado de cinc, donde las ráfagas del viento no alcanzan y donde las tibiezas de un sol invernal, calentando el metal, le dan un ambiente más confortable. Pero ahora, en ciertos días, esa calefacción no es del todo agradable y baja á tierra; y en el verano esa cúpula metálica debe convertirse en verdaderos *Piombi di Venezia*, las famosas cárceles de techo de plomo de la antigua república del Adriático. Entonces su estancia allá arriba se reduce tan sólo á las horas nocturnas. Bien pues; en días pesados en que la atmósfera caliginosa y cargada de vapores, el sol empezaba á hacer imposible la habitación de la alta mansarda del cuervo, éste se entretuvo mucho tiempo en el suelo: y lo invité, imitando varias veces su sonido gutural, á pronunciar su *speech*.

Como no iba acompañado y por lo tanto no tomaba sujeción, el cuervo fué gentil conmigo, me miró atento, tendió el cuello en la posición adecuada, entreabrió el pico, cerró los ojos con la membrana nictitante é hizo por fin el movimiento deglutorio característico; pero la palabra no fué pronunciada; volvió á ensayar quizás con más entusiasmo y no se oyó la voz. ¡Pobre cuervo! Se había vuelto afástico por falta de ejercicio? ¡Y yo, que decía á mis visitantes que sin tener el pico amarillo de oro, mi cuervo era un verdadero *Crisóstomo*!

*

* *

Con un ambiente más natural y más sombrío que el de las bambalinas de un teatro, en la borrascosa noche del 26 de Septiembre se volvió á repetir en el Zoológico la escena del coro de los conspiradores de Mme. Angot.

Golpes de lluvia pulverizada á ratos: viento que silba entre las ramas aun escuetas, y viento que cuchichea casi á la sordina, entre los brotes tiernos de árboles que empiezan ya á vestir sus copas: á lo lejos el ruído lamentoso de una cor-

niza de cinc medio desprendida que se retuerce, se hamaca y se lamenta allá arriba, en algun viejo edificio.

Después, de largos minutos, el silencio nocturno, más imponente después del ruido en la noche tormentosa, bajo un cielo encapotado, negro y aclarado aquí y allá por nubes bajas que absorben el reflejo de la ciudad y tenues y fósforescentes galopan ligeras hacia el norte, donde se desvanecen en la gran negrura que se amontona pesada allá sobre el río.

Los álamos de Italia, que en la tiniebla agigantan su silueta casi funeraria, forman marco y peristilo á una casucha obscura, débilmente iluminada, y atravesada la pequeña ojiva de luz por una sombra gigante que va y viene: es el Director que hace tomar el grog de media noche, á un mono gibón.

Silba el viento y una ráfaga abre violentamente esa ventana: después pocos segundos de silencio, y después por allí penetra vibrante, angustioso, el silbido de alguien que pide de prisa auxilio. Y esa llamada se repite, y la casucha queda ya en las tinieblas y al rato la luz incierta de una linterna aparece y desaparece entre los troncos de los árboles, en dirección al punto de llamada.

Tres sombras de hombres encapotados vienen acercándose á este punto desde direcciones diferentes; la incierta luz del farol, cuya llama se ahoga en torbellinos de humo por los golpes de viento, permite, sin embargo, distinguir que esos embozados no se parecen á los conspiradores de Mme. Angot: no llevan *perruque blonde ni collet noir*: son los guardianes, tres gallardos y viejos chinos que han venido á la llamada, han creído reconocer, aunque más fuerte, el consabido silbido de su jefe, el que junto á ellos llega para saber quién llama. Cinco veces, penetrante y sonoro, partió el misterioso silbido de ese punto: ahora todo es silencio en torno: duermen los ciervos bien arrimados á la pared que los ampara en la noche desapacible: duermen los faisanes, los moitús y los pavos del monte; se oye apenas el sordo y tenue ruido de la uña no gastada de los lobos sibiríacos que repiten en la tiniebla y en su corto recinto las largas marchas nocturnas en la estepa y en la tundra. Pero

no solamente en el norte de China, sino también en Siberia, en toda Asia Central, en India, en el Sud de Rusia, en unas partes de los países balcánicos y en Hungría, países estos últimos hasta donde llegaron traídos por los Hunos, Móngols y



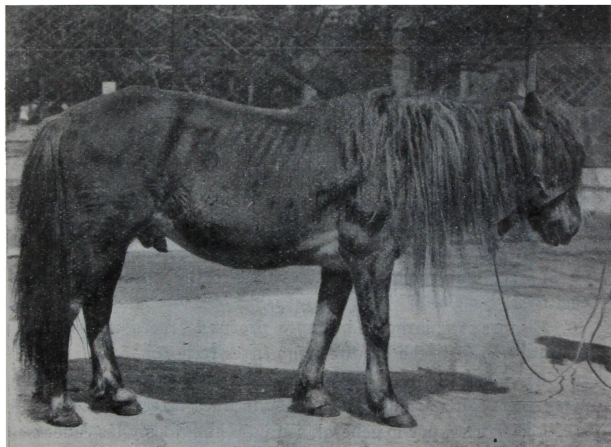
otros pueblos asiáticos en sus victoriosas invasiones de conquista.

He podido comprobar que los ponies de la expedición alemana corresponden á los caracteres generales de conformación que describen los autores más entendidos en la materia; por

mi parte los he estudiado directamente y pasaré ahora á describirlos.

Todos los ponies son machos capados, de una edad variable entre siete y doce años.

Aparte la consideración de la especial conveniencia que tienen los expedicionarios de traer consigo animales capados, es cosa sabida que los môngolos nunca venden reproductores,



y siendo los caballos tardíos en su ~~carro~~ ~~carro~~ son destinados al trabajo tan sólo cuando llegan á su quinto ó sexto año de vida.

He medido la mayor parte de los ponies y su talla, tomada á las cruz, varía entre m. 1.26 y m. 1.34.

La cabeza de estos caballos no es tan pesada como generalmente se dice; su perfil anterior es á veces rectilíneo, en otros casos algo excavado en su parte mediana. Los carrillos son carnosos, los ojos más bien chicos, las orejas algo grandes,

dobles, dirigidas hacia afuera y en dirección oblicua á la cabeza, cuando el animal descansa.

El cuello es largo, delgado, de ciervo, llevado casi horizontalmente. La crin que adorna su margen superior es larga y abundante, casi siempre doble. Resulta compuesta por pelos groseros, de diferente largo, los cuales forman sobre la frente un tupé muy desarrollado que cubre no solamente esta región y los ojos, sino que llega hasta la mitad de la nariz.

Las regiones de la cara superior del tronco son cortantes á consecuencia del poco desarrollo de las masas musculares.

La cruz es alta, larga, seca y neta. El dorso de regular largo, es angosto (siendo las costillas achatadas) y su dirección es casi siempre satisfactoria.

Los lomos son cortos, anchos y fuertes.

La grupa tiene un largo suficiente, y es bastante ancha entre las caderas, pero resulta puntiaguda por ser deficiente el diámetro transversal en correspondencia con los puntos de las nalgas. Es además caída, oblicua cortante.

La cola, muy poblada é insertada baja, es muy larga, pues casi toca el suelo.

El tórax es largo y bastante profundo, pero angosto, y de aquí que el pecho resulte también estrecho.

El vientre de unos ponies es voluminoso, mientras que en otros se continúa armónicamente con la línea inferior del tórax.

Los flancos, por lo general, son poco hundidos y las caderas sobresalen mucho, contribuyendo á dar á los animales las formas angulosas que les son propias.

La espalda es corta y derecha, pero musculosa; el brazo corto; los antebrazos y cañas proporcionados; la rodilla y el menudillo secos y netos, pero poco amplios.

El muslo, la nalga y la pierna tienen escaso desarrollo muscular, pero son proporcionados; los garrones son fuertes, no muy grandes.

Varios animales resultan bajos de cuartillas, y en general la ranilla es poco abundante.

Los pies son chicos y bajos de talones; la uña de excelente calidad.

El desarrollo esquelético de las palancas, ó sea de las manos y de las patas, se puede considerar bueno; pero los aplomos en general son muy defectuosos.



Hay animales cerrados de adelante y de atrás y ellos casi siempre son izquierdos de adelante; son también cerrados de garrones y por consiguiente chuecos para afuera, en las patas. Además muchos son remetidos de pierna ó sentados de garrones.

Los animales son más largos que altos.

El color del pelaje es por lo general claro; efectivamente, de los trece ponies: seis son tordillos claros; uno es casi blanco; uno tordillo negro; dos alazanes claros; otro bajo con remos y crin oscuros; uno alazán con crin y cola más claros; uno tostado.

En dos ponies (veasé la fotografía) se notan en la parte



posterior de las manos y patas, rayaduras más oscuras, dirigidas horizontalmente y que empiezan desde los brazuelos y los corvejones hacia abajo.

Otra característica de unos tordillos es la de presentar en todo el largo de los remos manchas más oscuras alternadas con otras más claras.

Las condiciones de vida de estos ponies en su país de origen son sumamente desfavorables y difíciles.

Cuando ellos no son utilizados directamente, viven en grandes manadas abandonados á sí mismos en la estepa. Durante los fríos terribles de la larga estación invernal, en medio de las tempestades de nieve, tienen que encontrar su alimento debajo de ella, descubriendo con los pies el pasto escaso y marchito que allí había quedado.

Los caballos que trabajan se alimentan algo mejor; sin embargo, no son objeto de grandes cuidados....

Sus dueños los atan sencillamente á un palenque y les ponen delante un poco de pasto, dejándolos á *la belle étoile* aún durante las noches más frías del invierno manchurriano, cuando el termómetro se baja hasta 37° — 40° C. bajo cero!

No hay, pues, que extrañarse si en estas condiciones se verifica una selección natural sumamente severa, á consecuencia de la cual todos los menos aptos, es decir, los más débiles, desaparecen, quedándose tan sólo animales de extraordinaria resistencia á toda clase de adversidades.

Resultará, entonces, casi seguro que los ponies de la expedición antártica alemana responderán á las esperanzas que sobre ellos se fundan, y tendrán su parte de mérito en los resultados positivos que auguramos á los atrevidos *pioneers* de la ciencia y de la civilización.

G. MARTINOLI

Morfología é histología de cerebros de mamíferos

Fragmentos de un libro próximo á editarse.

Está hoy en boga entre los estudiosos de la zoología ocuparse de los seres vivientes muy pequeños y con preferencia de los invertebrados, pues parece que de los vertebrados y sobre todo de los mamíferos, se ha dicho ya todo y se ha casi agotado para los estudios profundos la fuente de observaciones nuevas sobre vertebrados superiores.

Con este criterio nos declaramos muy satisfechos, por ejemplo, con la clasificación sistemática que rige en mamología tomándola como buena definitiva: y sin embargo, falla en tantos puntos, hasta, á veces, para los ojos poco penetrantes de una taxidermista que se ocupa tan sólo de los caracteres más exteriores y groseros.

Una clasificación empírica de las plantas, por ejemplo, en las que se dividían éstas por sus aplicaciones en: plantas tintóreas, medicinales, textiles, alimenticias, etc, etc, era quizás más lógica que la actual clasificación de los mamíferos, porque en aquélla la heterogeneidad de especies no molestaba, buscándose tan sólo el carácter esencial que la agrupaba, mientras que en la clasificación científica de los vertebrados superiores, se ha tenido, ante todo, en vista el acontecimiento para desde la especie inferior levantarse, eslabón por eslabón, á la especie más evoluta, y á raíz misma de este criterio se ha debido enseguida violarlo.

Esta clasificación puede decirse que es científica hasta la gran división en grupos; pero las divisiones que siguen en órdenes se resienten ya de lo artificial estando muy lejos la filogenia de demostrar por qué al orden de los desdentados sigue el de los cetáceos y los prosimios á los primates.

En los sub-órdenes no sabemos cuál criterio ha servido para poner tan cerca como desdentados, el vermilinguo oso hormiguero y los cingulados tatuses, pues la forma exterior y hasta la dentadura que el uno posee y el otro no, los hacen completamente diferentes.

Por lo tanto los caracteres embriológicos en que están fundadas las más modernas clasificaciones de los mamíferos, no se han observado ó se han detenido tan sólo en los caracteres de la envoltura de la vida uterina, por un lado y en detalles de la dentadura, los cuales han salido buenos por casualidad, por cuanto los reputamos secundarios, pero en general buenos clasificadores, mientras que si la embriología hubiera sido tomada fundamental y absolutamente como base de clasificación, nos hubiera llevado quizás á una determinación más sistemática y más exacta estudiando, por ejemplo, el desarrollo del encéfalo á través de cuya evolución y desarrollo tenido en tal ó en tal otro momento, hubiéramos mejor podido clasificar los animales con aquel encadenamiento tan necesario á la ciencia moderna, la que lo siente pero no lo alcanza por el rumbo directivo tan mal tomado.

A esto corresponde nuestro estudio, en el que sin haberse podido iniciar, por su carácter, en el desarrollo cerebral, en el embrión y el feto, ha ido á estudiar este órgano tan poco conocido en los animales al través de la escala zoológica, en algunos mamíferos de la República Argentina, cuya fauna sin ser abundante es interesantísima y quizás fundamental para la filogenia de los hemisferios cerebrales, los que, profundizando el estudio y poniendo á contribución toda la fauna mamológica del mundo entero podrá dar, quizás, la verdadera clave para formar la escala ascendente é ininterrompida para establecer una clasificación metódica y rigurosamente científica para poder decir que ella satisfaga las necesidades de la ciencia que vé las lagunas, los defectos, las insuficiencias del método clasificador moderno, de todo lo que se echa demasiado la culpa á los tipos intermedios, que faltan, y que si faltan no son tan numerosos ni tan im-

portantes para impedir de abarcar en un solo conjunto la verdadera clasificación.

De los quince órdenes actuales, tenemos en el estudio que sigue, representados diez órdenes, y en todo unas cincuenta especies de mamíferos, lo que constituye un buen plantel para iniciar un estudio. Con respecto á la morfología exterior de los cerebros de las especies estudiadas hemos naturalmente tomado como tipos, las figuras esquemáticas bien conocidas de los encéfalos de animales domésticos, como el gato, el conejo, el caballo, la vaca y el chanco, sobre cuyas figuras esquemáticas, se han fijado las circunvoluciones típicas de cada orden. Se ha tenido en cuenta el desarrollo embrionario del encéfalo de algún mamífero, de algunos vertebrados, segun Balfour, y por fin se han tenido siempre presentes las figuras esquemáticas del mecanismo de la formación de los lóbulos y la corteza cerebral en los cuatro estadios conocidos, resultando así más fácil clasificar á las especies según el estadio al que llega el cerebro en su pleno desarrollo.

Estas figuras esquemáticas conocidas, á nuestro modo de ver, deberían de tener otras intermedias hasta por lo menos el número de diez y seis para poder decir, el cerebro de tal animal, es del tipo de tal estadio. Los diagramas accesorios, entre estas cuatros figuras esquemáticas, deberían de ser de dos más entre el primero y el segundo estadio, de seis más, entre el segundo y tercero, y de cinco más, entre el tercero y el cuarto.....

La anatomía comparada es el textis fijo y permanente de la organogenia humana: sin ella la medicina hubiera quedado estacionada en los conocimientos de Galeno y de Dioscoride; ella empieza á independizarse paulatinamente del empirismo cuando el hombre del antropocentismo no es ya un sol independiente único y destacado, y á cuyo alrededor ruedan vidas á él extrañas y de ningun parecido.

Cuando este punto central llamado el hombre se ha convertido en la extremidad de una cadena ascendente cuyos eslabones, perdidos algunos, se han ido, y se irán agregando, arrancándolos á los secretos de la paleontología, entonces la anatomía, la fisiología y la terapéutica humana han empezado á ser racionales porque con la ayuda, ó quizás exclusivamente debido á la anatomía comparada, se han llegado á conocer las leyes inmutables de la materia viva y su evolución.

Pero la anatomía comparada es una ciencia que aunque no siendo de tan reciente origen, no ha sido quizás abarcada en todo su conjunto. La antropología, por ejemplo, estudia, aun casi exclusivamente comparando individuos y organismos diferentes, tan sólo por su aspecto exterior y la morfología del cráneo; el que después de todo es tan sólo un accesorio y una caja.

Cuando Leuret y Gratiolet quisieron estudiar metódicamente las circunvoluciones cerebrales del hombre se encontraron en una inextricable maraña á cuya clasificación no podía llegarse ni empíricamente ni con sistemas artificiales. Broca, Huxley, Bichoff y tantos otros, pudieron reconocer que todos esos surcos eran armónicamente ordenados y no dédalos inexplicable cuando se recurrió á la anatomía comparada. Pocos, en verdad, han sido los tipos estudiados, pero tan sólo un cerebro por familia era elemento suficiente para hacer la luz, pues de las circunvalaciones de los mamíferos más inferiores se llegaba de la manera clara á la mayor riqueza de surcos de mamíferos superiores hasta el hombre, pudiendo establecer leyes morfológicas fijas de desarrollo circunvolutorio del cerebro, fijando tipos y descartando lo aventicio y lo individual.

Estaba así morfológicamente fijada la filogenia encéfalica.

Pero falta aún mucho camino por recorrer: la morfología externa es ya poca cosa para el estudio comparativo de los cerebros, sobre todo cuando los que se consagran á él no

cuentan, generalmente sino con lo estrictamente necesario de la oveja, la vaca, el chanco y el caballo. A ensanchar esta morfología exterior tan reducida tiende nuestro estudio interesante, sobre todo porque está hecho sobre individuos de la fauna mamológica argentina, la que puede decirse que bajo este aspecto es del todo desconocida y con gran desventaja para la ciencia, por cuanto es bien sabida la diferencia tan fundamental que existe entre ciertos géneros y familias sud-americanas con la fauna de otros países.

Bajo este aspecto nuestro estudio presentará, también fases completamente nuevas: tenemos, por ejemplo, como están mal clasificados y agrupados los desdentados, cuyo cerebro es tan diferente de una especie á otra: los moldes de la cavidad interior del cráneo de los toxodontes argentinos, aunque imperfectos para nuestro estudio podrán quizás resolver el problema que se agita en la ciencia, si aquellos enormes animales extinguidos eran roedores ó ungulados.

Pero como la fauna mamológica argentina es muy variada y el Jardín Zoológico no la posee toda, y en él hay tipos y especies que en el año de recolección de cerebros no se han dignado morir, puede decirse que este libro es un primer tomo de una obra que podrá tener varios á medida que se obtengan los elementos del estudio.

En este sentido la morfología exterior de los principales tipos de mamíferos argentinos, es obra nueva, útil y necesaria. Pero no la reputamos suficientemente á nuestros fines: la histología fina de cerebros de animales no se ha hecho aun sino aisladamente, y casi podríamos decir, con el sólo objeto de constatar las impregnaciones de sales de plantas con el nuevo sistema de Golgi.

Hoy el laboratorio de psiquiatría del Hospital Nacional de Alienadas de Buenos Aires, puede presentar en esta obra un trabajo metódico y bien detallado de esa clase de altos estudios.

Los cerebros de los animales argentinos que presentamos, van con su nombre vulgar, y la última clasificación adop-

tada por el Congreso Internacional de Zoología celebrado en Berna en el año 1904, y agregamos á cada especie su fórmula dentaria que sirve hasta ahora de carácter descriptivo más preciso para individualizar especies, géneros y familias. Como se verá en el curso del libro, la distinción tomada como fundamental en la anatomía comparada y en la clasificación, es carácter secundario y quizás dependiente de la morfología de los cerebros.

G. ONELLI.

Análisis de sangre de rinoceronte

Con motivo de un fuerte ataque de nefritis de que sufrió del rinoceronte bicornone, además del análisis de la orina que el químico profesor Juan Domínguez llevó á cabo personalmente, y que ya publicamos, el jefe de Laboratorio de Clínica Obstétrica del profesor A. Eliseo Cantón, el Doctor Widacovick, se ofreció analizar dicha sangre, y he aquí el resultado que nos ha enviado:

ANALISIS DE LA SANGRE DE RINOCERONTE SECADO AL AIRE EN PORTA OBJETO

Fijación en alcohol metílico por 12 horas. — Coloración con liquor de Siensa-Romonophg.

La proporción entre eritrocitos y linfocitos no se puede determinar.

A. *Eritrocitos*. Estos parecen completamente normales. No hay poikilotosis, no hay parásitos.

B. *Leucocitosis*. Parece que hay una leucitosis regular, se distinguen lo mismo que el hombre las diferentes especies de células.

<u>Sangre Rinoceronte</u>		<u>Sangre Hombre</u>
Linfocitos chicos	17 o/o	22-24 o/o
Mononucleares grandes	13 "	1 "
Formas de transición	7 "	3 "
Polinucleares	53 "	70 "
Eosínoflos	7 "	2-4 "
Montgellen.	3 "	0,5 "

Se tiene la impresión que los gránulos de los eosinofilos de rinoceronte, sean mucho más grande que en el hombre, Pude contar distintamente 72 gránulos en una de esas células, y éstas me hacen recordar los eosinofilos de los tiburones, notables por el tamaño enorme de los gránulis.

V. WIDACOVICK

Los derechos del hombre y del animal

(Conferencia leída por el Director del J. Zoológico en una velada celebrada por la Sociedad "Sarmiento" de protección á los animales)

Ramón, honrado labriego de Galicia, trabajaba con toda su alma y con todo su cuerpo en una quinta de Belgrano. El sol, más perezoso que Ramón, al asomarse entre los celajes del Plata sereno, lo encontraba ya sobre el surco: y los últimos destellos del crepúsculo que se encogían y desvanecían tras del frondoso bosque sombrío, conseguían, al fin, interrumpir la labor incesante de esa verdadera máquina de trabajo.

Y el dueño de la quinta creyó de su deber alabar ese jardinero infatigable, y un día, hallándolo en plena tarea, le dijo: —Ramón, eres un tigre para el trabajo.

El pobre se quedó anonadado ante tal expresión; los músculos de acero de sus brazos sintieron en un segundo todas las fatigas: quedó inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, las encallecidas manos apoyadas sobre el mango de la azada inactiva, y suspirando y casi tambaleante, abandonó todos esos montículos de tierra aporcada, que se habían ido formando bajo su empuje poderoso. Pocos minutos después, con su catre y su baulito al hombro, se dirigió á la casa del patrón para pedir el arreglo de su cuenta y despedirse.

—¿Por qué te vas, Ramón?

—Porque usted no está contento de mi trabajo.

—¿Cómo así? Si tan satisfecho estoy que hace un rato te dije que eras un tigre?

—Precisamente por eso; ¡Compararme á una bestia, que cuando no hace daño duerme! Si usted estuviera contento de mí me hubiera dicho: Ramón, eres un burro.

—Bueno, bueno, eres un burro en todo sentido.

Y Ramón, así diplomado y consagrado, volvió tranquilo y contento á su ímproba y voluntaria tarea.

¿Se sonríen ustedes? Sin embargo, el labriego, con su buen sentido sanchesco, era todo un filósofo en lógica extricta, que razonaba mejor que su patrón y que todos nosotros.

¿Quieren pruebas? Hay tantas que me limitaré solamente á algunas. Todos conocemos la fidelidad del perro, sus abnegadas virtudes de guardián que protege contra los malhechores nuestras propiedades, y sin embargo, si relatamos de haber echado ó tratado mal á uno, diremos: lo traté como á un perro, lo eché como á un perro.

Y el león, que nunca ha dado prueba de nobleza, es símbolo de esta virtud entre los hombres: hasta que se pruebe lo contrario, parece que poseen más esa calidad los perros.

Bueno, en rigor de lógica, ¡Ensayen ustedes un momento en llamar al muy noble y generoso Planágenet, héroe de las cruzadas, "Ricardo, Corazón de Perro" en lugar de Ricardo, Corazón de León!

Si hay un animal paciente, sumiso, de inteligencia despierta y excelente trabajador y ayuda del hombre, este es el burro: sin embargo, si yo me encuentro ignorante, si en una senda escarpada de la montaña pongo un pie en falso, cosa que no haría un asno ni en los primeros meses de su vida, me golpeo la frente y digo: "¡Que burro que soy!"

Nunca un chorlito sé ha olvidado de su nido, nunca ha pasado de largo y distraído sobre una laguna ó sobre un campo donde hubiera semilla de cardo madura, jamás cazador ha declarado de haber agarrado chorlitos distraídos y sin embargo, la cabeza de chorlito, en la lengua castellana, hace "pendant" á la tête de linotte" francesa, otro pajarito calumniado.

¿Por qué la oveja, madre cariñosa que nos da cría y nos da lana, que no tiene absolutamente nada de Mesalina, sirve para definir, con su nombre, calidades indefinibles de la raza humana? ¿Y por qué el ciervo, que no admite chanzas, que lucha con el rival hasta quedar muertos ambos con sus cuer-

nos entrelazados sobre el terreno, ¿por qué con su noble y esbelta corona sirve de ludibrio para señalar accidentados detalles de la vida de menage? Y los pavos ¿qué pavada han hecho? —Es que somos, perdonen ustedes, unos verdaderos pavos, que por la rutina seguimos diciendo mentiras convencionales.

Si esta especie de introducción á mi conferencia en lugar de ser oída, fuera leída como trozo aislado por uno de aquellos críticos literarios, profundos psicólogos, acostumbrados por larga práctica á juzgar el carácter y las idiosincrasias de una persona por pocas palabras escritas, haría punto á la terminación del párrafo anterior y opinaría que por más que el autor, ó mejor dicho la autora, tome á lo lejos y de cierta manera original el tema por desarrollar, se comprende, á primera vista, que la escritora constituye un caso clavado de exagerado proteccionismo hacia los animales, especie de ataque histérico propio del sexo femenino de estado celibatario y de una edad muy cercana á la época que la medicina francesa determina como *âge de retour*: y he aquí cómo, el que leyera al crítico en cuestión, dibujaría en seguida en su imaginación la silueta de aquella conferenciante: una jamona algo más que cuarentona, cincada hasta lo inverosímil para contener dentro de la formidable coraza de un corsé, exhuberancias de la vida y que al anochecer, camino á las verdes praderas de la Recoleta, con monumental sombrero (de *chiffon* naturalmente, no de plumas de pobres pájaros,) lleva de la cadenita á su ricura, á toda su vida, la falderita Diamela, á efectuar sus paseos y hacer sus cositas entre los yuyos refrigerados y limpios por el riego de la manguera municipal.

No hay necesidad de que yo dé mi palabra de honor de que el crítico se habría equivocado: no pertenezco al sexo femenino, puedo jurarlo; no uso corsé, puedo asegurarlo; no voy á la Recoleta, no tengo cuzcos falderos, no estoy en la edad de la meno-pausa, no tengo manías histéricas y aborrezco ridiculeces de aquellos fanáticos que hacen de la

hablar de los animales. Yo prefiero, y sobre todo ustedes deben preferir, una conversación amable, entretenida, que sirva, no para convertir á convencidos, sino para confirmar vuestras ideas y poder atraer neófitos, y sobre todo á profanos, cuyo pericardio apretado y duro como zapato nuevo, é incomodo ha producido durezas y ojos de gallo en el corazón de algún hombre cruel.

Si yo fuera sumo sacerdote de esta elevada religión de caridad hacia los animales, resumiría así el dogma de la doctrina, y á la que debería ascenderse por grados hasta poderla comprender en todo su amplio y humanitario concepto: A los profanos daría las razones más palpables y más materiales; les diría: La protección á los animales es un acto de estricta justicia para con estos seres, nuestros colaboradores en el trabajo y en los goces de la vida y que nos sustentan con sus carnes: les debemos ahorrar sufrimientos por gratitud y les debemos respeto como á nuestros benefactores. El que esto no entienda no debe exigir miramientos de sus congéneres; no tiene derecho de protestar si es tratado con orgullo y con desprecio; si no se le tienen consideraciones en su vida de trabajo; si se les mezquinan los medios para disfrutar algo mejor de la vida; si se les tiene un tiempo excesivo bajo el yugo de la labor intensa y bajo la férula de los explotadores humanos. Recuerde ese hombre así maltratado en la lucha por la vida que á él le queda por lo menos el desahogo de la protesta, y al fin la rebelión: mientras que él ha tomado todas las medidas y las ventajas que le brinda su inteligencia para precaverse de cualquier protesta ó rebelión de un animal tratado cruelmente. Este monito puede ser atendido, pero es entendido por todos porque habla más al corazón que á la mente.

A un neófito que ya entienda toda la alta justicia de la anterior premisa, hombre ya mucho más culto y susceptible de entender cosas paradójales para los embrutecidos, le agregaría: el animal, cuanto mejor tratado tanta mayor garantía nos dará de higiene, si es para el consumo ó para el contacto

diario, y tanto mayor rendimiento de trabajo producirá, si es nuestro colaborar en las mil maneras que se puede con ellos ganarse la vida. Este segundo monito es ya de una lógica interesada; constituye, por lo tanto, un engranaje de la vida asociada del hombre, y es especialmente sobre estas razones que descansa el amplio apoyo que conceden los gobiernos de países civiles á nuestra religión protectora.

Llegamos ya al tercer artículo de este dogma, probablemente comprendido tan sólo por las mentes selectas y que solamente por él, y no existiendo las dos razones anteriores, sería suficiente para mantener intacto y justificado el alto significado de la protección para con los animales.

Un espíritu culto y sensible no puede ver sufrir á otros seres, no por una sensación altruista de caridad hacia el prójimo, pues es ese un sentimiento reflejo que no puede ser todo lo intenso que sería deseable. Y así lo entiende también el Evangelio, que hablando á todos en general, dice: "Ama á tu prójimo como á tí mismo" y no dice "ama á tí mismo como á tu prójimo." Bien, pues, los espíritus extra-cultos y extra-sensibles, no son muchos en verdad, hacen el bien, impiden la crueldad, no por el ser que benefician, hombre ú animal, y al que impiden el sufrimiento, sino por una sensación íntima de placer personal del todo egoista y que los obliga á socorrer el hambriento y que los impulsa á detener la mano del verdugo para no sufrir ellos mismos con el espectáculo de tales miserias. Egoismo sublime y del que quisieran estar todos y en todos momentos dotados.

Estoy seguro que la mayor parte de los miembros de esa Sociedad, no me lo nieguen á mí que tengo el mismo defecto, profesan la religión protectora de los animales, por este extremo y refinado significado de nuestro dogma religioso y que he creído de mi deber desnudar de su vistoso ropaje de sensiblerías y conveniencias utilitarias para presentarlo escueto, grande, limpio tal un cristal, pues confesarlo es uno de los más bellos resultados de la cultura y de la filosofía moderna.

No olviden ustedes que yo he expuesto el dogma como si fuera sumo sacerdote de la dulce y piadosa doctrina; pero para humiliación mía, debo recordar que soy todo lo contrario: soy el gran carcelero; soy el verdugo de las novelás de antaño, el del gran manajo de llaves enmohecidas en la cintura, del brazo musculoso armado del hacha exterminadora, de la pantorrilla, del pecho veloso; el que tiene en ergástulo á los reyes de la selva; que guarda celosamente entre barrotes de hierro, al cóndor, el Señor de los espacios infinitos; yo soy el que trunca dulces idilios entre mis prisioneros; yo soy aquel que siempre tengo lista un arma con balas explosivas para detener la fuga y la vida del que se atreva á evadirse; yo soy aquel que cuando la muerte me arrebatara uno de mis prisioneros, me ensaño en su cuerpo, al que niego el descanso de la tierra y desparramo sus vísceras y sus tumores por museos y laboratorios. Así aparezco, por lo menos, ante los ojos míopes de los histéricos, de los fanáticos y de los supersticiosos que interpretan á su manera nuestra doctrina de amor y que convierten nuestra religión de sentidos nobles en una vulgar secta de fetichismos.

Para apaciguar á estos exaltados, me defenderé con lugares comunes, diciendo que, como en estos noveles de antiguo estilo, represento al buen geolier, al guardián de cárceles que se deja conmovir, que deja pasar las violaciones al reglamento, permite y facilita ciertos confortos no acostumbrados en un ergástulo de rigor, y, benigno, me constituyo en el correvedile de mis prisioneros. Y la prueba palpable para aquellos exaltados es, que frecuentemente, cuando alguno de los encarcelados deja de vivir, no falta, diré así, la lágrima escondida del carcelero que los tuvo encerrados, á pesar de que momentos más tarde la necesidad de la ciencia lo hagan olvidar de sus cariños, cuando sobre la tabla de mármol, el pobre cadáver es achurado bajo el escalpelo de la autopsia que busca impaciente los orígenes del mal. La prueba diaria palpable de la corriente de afecto entre víctimas y victimario puede sorprenderse á cada momento, cuando el her-

bívoro corcovea contento á su paso, cuando el pájaro, en corto volido, viene á posarse á sus pies, cuando el antropomorfo, maligno y despechado con toda la turba magna de sus primos, llamados superiores, corre á echarse en los brazos de este que considera como á un hermano; cuando el león, morrongueando, viene á refregar su cuerpo en los barrotes de su celda y dulcemente, con su áspera lengua, lame la mano del llamado verdugo.

Pero para ustedes, apóstoles de una noble misión, no se necesitan estas pruebas vulgares: desde que hemos admitido al beneficio del mejoramiento del bienestar de todas las razas, también á los animales, ha llegado hasta para ellos el momento de contribuir en la fuerza de sus medios al trabajo general exigido á todo ser viviente. Si nuestra doctrina de protección los ha dignificado y ensalzado, esa doctrina exige también los deberes que todo admitido á los beneficios de la cultura moderna debe al consorcio de la sociedad en que vive. Y los ejemplares de un Jardín Zoológico cumplen con su misión en la tierra; están allí para que el niño y el ignorante aprendan á conocerlos; están allí para que el psicólogo trate de arrancar el velo de su nebulosa mentalidad, y poder así entenderlos mejor: están allí para que el patólogo pueda sorprender mejor el origen de enfermedades, estudiarlas, corregirlas y sanarlas en bien de ellos mismos y de la raza humana. Cumplen, en fin, con su misión en la tierra, y si al principio han sido muy probablemente violentados para hacerle representar ese noble papel, tal como el niño rehacio para ir á la escuela, eso ha sucedido porque su corta mentalidad no estaba ilustrada; pues, puedo asegurar que el 80 % de los pensionistas de un Zoario, prefieren su vida tranquila actual á la azarosa y peligrosa del desierto ó de la campaña. Monito que alcance á escapar, vuelve en el día á su encierro; zorro pícaro que ha pasado semanas en abrir una escavación subterránea para evadirse, consumados dos ó tres gallinicios, trata de volver al encierro y merodea y se deja sencillamente agarrar, si el túnel ha sido tapado para impe-

dir la fuga de otros congéneres. El pájaro, el Rey del Azur, el emblema de la libertad errabunda, si sale de su encierro, permanece constante por semanas, y quedaría por años, al rededor de su jaula hasta conseguir volver á entrar en ella: aún más se ha conseguido: es suficiente fijarse en cualquier día en el tejido de amplia malla que rodea el recinto de nuestro rinoceronte; allí los Renegridos, el pájaro gentil de alas corvinas, entra y sale por esa simulación de jaula, tal como si hubiese dado su palabra de honor de regresar en cualquier momento para no comprometer á su carcelero. Y en las pasadas sequías se han visto cosas más admirables: cisnes de cuello negro, patos de toda laya y de todas plumas, que vieron convertirse poco á poco su laguna nativa en charca cenagosa y en salitral, buscaron más allá, en el amplio y libre desierto, el agua tan necesaria á su vida anfibia. Pasaron un día en altísimo vuelo sobre Palermo: su vista aguda les hizo distinguir que nuestros laguitos estaban rodeados por amplia faja de pastos jugosos, y, ¡oh providencia! listos aquí y allá sobre la costa, substanciosos montículos de granos, y (no era seguramente un domingo de muchedumbres apiñadas) valía la pena de visitar ese Eldorado tan cercano, tan apacible, tan abundante y no largarse á la ventura de una ciénaga salitrosa y pérdida entre las lomadas amarillentas por raros, leñosos y áridos pastos duros. Y los jefes de las aladas legiones, en magníficos virajes de areoplanos vivientes, descendieron á tierra en una prisión encantada: los patos silbones y cuerdos dijeron, en su lengua silvante: aquí estaremos perfectamente. Así, sobre las ruinas de la ciudad arrasada, plantó su lábaro el legionario vencido.

Que los animales prefieran la libertad sobre todas las cosas es muy bonito en las viejas y alegóricas fábulas de Esopo y Lafontaine, pero no es la verdad: ese gran amor de libertad, para el que los animales deben preferir la lucha del hambre y hasta la muerte, son frases muy impresionantes, pero no adaptadas á la inteligencia reducida de las razas inferiores á nosotros: la libertad es un concepto de filosofía

humana: dad á un animal un bienestar mayor del que pueda hallar en esa condición de libre y lo preferirá, porque el ideal animalesco, y que siente también el hombre de psiquis inferior, es comer, dormir, divertirse y reproducirse.

Y reproducirse: oh! en esto el hombre es muy complaciente con los animales á él sujetos: arregla uniones, forma planteles femeninos tan numerosos como los harem orientales, elimina viejas suegras, facilita divorcios; por último, con vistas utilitarias, regala á sus sujetos un sistema conyugalista como el que desearía para él: pero entonces, y por eso mismo, pone también en vigor las abominables y radicales costumbres turcas, con lo que si consiguen la felicidad completa de sus preferidos, hace vegetar una población fluctuante de bestias sin energías viriles y por lo tanto más sumisas ó más tranquilas almacenadoras de músculos y de grasa para sus necesidades carnívoras.

Nosotros, los protectores, los que cumplimos el dogma por ese deseo intenso de no poder ver sufrir á los animales, conocemos muy bien esos manipuleos radicales y crueles; pero hemos de callarnos y tomarlos como un mal inevitable ante la suprema razón utilitaria: y tratamos de tranquilizar las protestas de nuestros sentimientos, pensando que al fin esas eliminaciones se practican en los primeros tiempos de la vida, cuando el sistema nervioso aún no exquisito por no estar bien desarrollado, disminuye la intensidad de dolores: y pensamos también que padres cariñosos permiten, como sacrificio cruento en el altar de la Diosa Moda, perforar á sus hijitas los lóbulos de las orejas.

Pero si el hombre razonador é interesado quiere, para cierta clases de bestias, que su progenie se multiplique como las bíblicas arenas del mar, su malignidad innata (calidad que lo pone tan cerca de los antropomorfos) lo convierte en un gazmoño y casto Catón, cuyos nervios se crispan por los maullidos nocturnos de un gato ó de una gata enamorados; y se entrega á las burlas más brutales si dos pobres perros cumplen con el sacrosanto deber que inexorable les marcó

Madre Naturaleza. Maldito sea ese hombre brutal que yo he visto en plena calle de una ciudad civilizada, machete en mano, la infame sonrisa del demonio exterminador en sus labios carnudos de mulato, insignificante caricatura de Alejandro el Macedonio, cortar de un tajo salvaje ese nudo gordiano de la vida. Yo he visto en ese mismo momento reirse satisfecha la canalla del arroyo y darse vuelta por tanta infamia, horrorizadas, las castas doncellas.

Espíritu de Francisco de Asis, santo en todas las religiones, para todas las razas y para todas las especies, tú que marchabas rodeada tu cabeza por nimbos de pájaros alegres, é ibas en busca de las fieras de la selva que llamabas hermanas; tú, casto; tú, puro; tú, adorador del Grande Amore, espíritu selecto, nuestro patrono desde las tinieblas crueles de la Edad Media; tú en ese día habrás perdonado á ese salvaje, pero seguramente no lo llamaste hermano.

La conferencia debe prolongarse minutos más, y suponiendo muy longánimes y muy sufridos á los oyentes aquí reunidos, quiero detenerme un momento en las escalas más inferiores de la fauna, hasta ahora jamás cobijadas bajo el ala protectora de nuestras sociedades: naturalmente que no pido la aplicación de los artículos de la ley amparadora para los microbios, los cuales al final mueren con sublimado corrosivo, veneno elegido por los suicidas de amor: quizás sería preferible para ellos— eso todavía no han declarado—á la destrucción por los vapores del cloro, del azufre y de los gases cianídricos, la dulce asfixia que prefieren los tímidos cansados de la vida. Pero el día en que la ciencia declare que entre los microorganismos no todos son de vida vegetal, sino que entre ellos hay también de decidida vida animal, por lo tanto susceptible de dolor, entonces quizás en ese porvenir más adelantado, alguna sociedad protectora de animales que quiera extremar la nota, pedirá á las autoridades

competentes que impidan la destrucción del mundo invisible por medio de la ebullición: pues si entre esos microorganismos, los que antes de entregarse á la muerte aguantan 150 y 180 grados de calor, hay alguno que viva la vida zoológica y no la vegetal, deben ser horribles los martirios que sufran en una agua que se zangolotea sobre el fuego á pocos grados inferiores al destinado á producirles la muerte. Oh! pobres microbios, solamente en la duda plausible de que en su destrucción tan necesaria, sean destinados á esos martirios, derramemos una lágrima en su obsequio!

Séame permitido esta pequeña ironía para significar que siempre, en todas partes y en todas circunstancias no debemos jamás exagerar la nota y mantenernos tan solo en 'as justas pretensiones caritativas que debemos exigir al hombre, tan interesado, tan lleno de sí y que, á pesar de las ideas democráticas é igualitarias que se infiltran por doquiera, no baja un apice de la cómoda opinión de creerse firmemente el rey de lo creado.

Pero, realmente, en el mundo inferior de los invertebrados somos á veces inconscientemente más crueles que con los seres de organización llamada superior. Las víctimas prelibadas de nuestra glotonería cruel son, por ejemplo, los moluscos y los crustáceos.

Es costumbre comunísima en los países abundantes de cangrejos, echarlos, una vez capturados, dentro de un recipiente lleno de leche que ellos chupan, ávidamente: cuando se aclara el color de su caparaza, es indicio que están saturados y es el momento de poner sobre el fuego el recipiente que los contiene, donde al través de todos los grados de calorías para llegar á la ebullición, pasan, no por cierto muy alegremente, del estado de vivos y crudos al de muertos y cocidos.

Los caracoles —oigan los protectores aficionados al escargot á la bordelaise— deben pasar los últimos tres días de su vida en la tierra, dentro de un baño de salmuera con vinagre para desde allí entregar el último suspiro, que en los

caracoles se llama freir, dentro de un horno bien caliente, adornada la puerta de su casa-sepulcro con festones de peregil zahumado con el ajo graveolente.

Y los que sueñan con los viveros de Arcachon y de Breña, con los criaderos naturales de Taranto y del Fusaro, con los ricos bancos de la costa brasileña y ven ya el cándido mantel, fúlgido por la vajilla de plata y dorado por los relámpagos del rubio topacio helado de un Mosela, de un Sauternes ó de un Capri horanciano, oigan la muerte dolorosa de una ostra: su concha bivalva hurañamente encerrada, ha sido violentamente abierta en la cocina con un fierro que arrancó tendones, lastimó tejidos; y, sobre ese cuerpo hecho una llaga viva, cae gota á gota la muerte corrosiva del ácido de un limón, y la pimienta urente y molida pone un velo piadoso y cruel sobre ese cuerpo que se encoje y agonizante es absorbido por los labios frescos y rojos de una bella señora. ¡Oh, ostra! ¡Paz en tu bella tumba!

Que si hubiera alguien que me asegurara no haber visto los estremecimientos de una ostra bajo la infernal salsa que la cocina viva, le diré: *Prenez-garde, monsieur!* esa ostra no es fresca y puede con su cadáver vengar la muerte de todas sus hermanas!

Ahora, ustedes dirán: ¿qué remedio puede poner á esto un protector? Muy sencillo, contestaré: no comerlas, pues además está comprobado que el cangrejo y el caracol son alimentos indigestos y que las ostras en los meses que llevan la letra R, época de sus amores, parece cierto que segrega toxinas orgánicas y además que en las aguas inquinadas por la proximidad de ciudades, ellas son receptoras de los gérmenes del tífus y del cólera.

Y yo he comido ostras, y con la grosería digna de un estómago sano, he engullido á veces más de tres docenas en una sola sentada: Protectores, soy, por lo tanto, como la adúltera confesa, y el que no haya comido que me arroje la primera piedra anacarada.

Pero ahora, cuando ya la dispepsia, los años y el fumar

reducen el hombre á dominar los estímulos de la gula, pueden ustedes creer que de viejo, como el diablo, me hago monje.

Crean lo que quieran, pero el hecho es que no comer ostras es higiénico y por lo tanto evitar esa cruel muerte á esos molusco es un acto de caridad interesada que bien con-dice el carácter de la tan alabada raza humana. Tan es así que todas las regiones, para dar más eficacia á la frase: "Hacer caridad por amor de Dios", han agregado: "Haced caridad, pues Dios devuelve el ciento por uno."

Suprimida esa muerte al limón y á la pimienta, suprimimos probables indigestiones, envenenamientos y contagios.

Si he insistido tanto en ese punto es, ante todo, para ensanchar un poco más allá las vistas amparadoras contra las crueldades y que hasta ahora se limitan tan solo para los animales de sangre caliente y después por que se necesita ser un poco más riguroso por una parte para poder tener contemplaciones y ciertas concesiones con otras costumbres tan profundamente arraigadas en la especie humana, constituida, por más que duela á nuestro orgullo, por animales carnívoros que se diferencian de sus congéneres por usar á veces zapatos, guantes y sombrero de copa. El, como carnívoro, cazador, y como ser que tiene inteligencia y fantasía ha dado vuelo á esta última y ha exagerado sus instintos.

El carnívoro-bestia caza para comer y reserva, quizás en su interés de conservación, las víctimas por otra necesidad y hambre del futuro: son sólomente los cachorroneos inconsiderados los que entrando á un redil, una vez saciado el hambre con su primera víctima, siguen haciendo muertes y muertes por esa especie de furor del juguete sangriento.

Pero el carnívoro-hombre, que en realidad no necesita estrictamente de la caza porque tiene rebaño de ganados, porque tiene gallineros repletos y porque tiene trigo, papas y pulenta, va á la caza porque es su instinto, porque es su sport.

Cazaba el hombre primitivo, jugando de astucia y paciencia: cazando con tan solo el arco, la flecha ó la lanza de sílex,

caía desnudo y feroz como un leopardo sobre la víctima que había espiado días y días á la orilla del aguada, común para la víctima y victimario, y, todavía ignaro del fuego, desgarraba con sus colmillos de fiera á la presa sanguinante y trémula aún bajo los estertores de la agonía.

Y el viejo Señor feudal, cuando no tenía como derivativos la cabeza del turco infiel ó la recíproca del desfiladero de Roncesvalles, hacía resonar la selva druídica, el bosque de Caledonia ó la foresta de castaño del Apenino con el alarido de sus perros de presa, con el ronco lamento de sus cuernos de caza: así desaparecieron los ciervos, los jabalíes, los aurochs legendarios. Y los jefes de Estado actuales, á los que los gobiernos constitucionales han circunscripto sus ambiciones guerreras, derivan sus instintos batalladores y las plénitudes del tedio burocrático y protocolar en la campechana y tonificante partida de caza en parques de reserva, donde resuena, como ayer y como hace siglos, el alarido de mutas de perros de presa, el timbre ronco y melancólico del cuerno de caza, además del estampido seco del rifle moderno.

Y la caza no es tan sólo pasión de reyes y señores, lo es también de la mayor parte de los hombres; y como las pasiones innatas son muy difíciles de desarraigar, hay que contemporizar con ellas y poner remedios cuando se hacen excesivas. La cinegética, para hacerse disculpar, tiene algunas atenuantes, que son: el instinto del hombre carnívoro, que es un ejercicio higiénico altamente tonificante, y por fin que el producto de la caza, de una manera ó de otra, es siempre utilizada como alimento. Para inpedir los excesos y la destrucción de las especies, las sociedades protectoras de animales, han intervenido ante las autoridades para hacer prohibir las cazas en determinadas épocas del año. Para que esta prohibición no sea burlada me permito proponer al Sr. Presidente que la Sociedad Sarmiento propicie ante las autoridades la prohibición del expendio en públicos mercados de productos de caza conservados en frigoríficos: eso se ha obtenido ya en otros países. Con eso la Sociedad Sarmiento obtendría que

el objeto principal, que es el de la tranquilidad de las especies en época de nidificación, no sea absolutamente alterada, pues fácilmente sucede que cerca del pájaro frigorizado puede venderse el pájaro recién muerto.

Y siempre para llevar aparejado el interés humano á los ideales del dogma protector, se podría afirmar sin temor de ser desmentido, que las carnes extraídas de un frigorífico sin las precauciones necesarias, se descomponen más fácilmente en nuestro clima tibio y húmedo: que los gourmets ganarían con esa medida, por cuanto una becasina frigorizada es seca y desabrida como un pedazo de estopa y por último se conseguiría que el pobre, el obrero, esos pobres y esos obreros siempre invocados por quien se enjuaga la boca con la sonora palabra de democracia, puedan ellos también probar, en la época de abundancia, las perdices que, este año, por ejemplo, debido al abarrotamiento de los frigoríficos para devolverla en verano como producto de lujo, nunca han bajado de precios imposibles para el hogar del pobre. Los snob que se estragan el estómago con primores fuera de época, pueden recurrir á las perdices en escabeche y á los hortelanos conservados en tarros. Así la Sociedad Sarmiento, imposibilitada de prohibir la caza, que es una pasión instintiva, trata por lo menos de encauzar á ésta para que produzca el menor daño posible.

Para resignarnos al hecho inevitable de esta caza podremos razonar un poco y hacer filosofía, diciendo: Nuestra doctrina trata de igualar en lo posible los amparos y los derechos de los animales á los del hombre: pero si el animal aprovecha de esta evolución, debe también igualarse en las demás consecuencias. Bien, pues; las causas de mortalidad en los hombres civilizados debido á enfermedades y contagios, son mucho mayores que para los animales, los que generalmente se mueren de viejos; por lo tanto puede agregársele á los animales en libertad el caso fortuito de muerte debido á la caza que de ellos se hace, equilibrando así también, para ellos, el porcentaje de muerte con relación al hombre: tendremos

con este sùtil razonamiento, algo con que tranquilizar un poco nuestra conciencia, y, para reforzar esta resignaci3n, recurriremos al c3modo argumento del inter3s humano agregando que, queda siempre prohibida y castigada la caza inútil de quien gasta pólvora en chimango y del que destruye especies que constituyen una ayuda poderosa para la agricultura.

Un joven 3 ilustradísimo diputado del Congreso por la provincia de Tucumán, el Dr. Ernesto Padilla, desde hace tiempo prevee un peligro para la industria azucarera de su provincia natal por la destrucci3n inconsciente de pájaros insectívoros, y desde hace dos años me ha encargado de repoblar, aún en pequeña escala, á esa provincia con aves tan necesarias: desde entonces pido á todas partes y ofrezco buenos precios para obtener en compra casales de gaviotas: no lo consigo, por que esta buena y eficaz amiga de la agricultura, por millares ha terminado adentro de las ollas de los chacareros. Pláceme aquí recordar un cuadro saturado de poesía, como arrancando de la bíblica leyenda de Ruth y Noemí, las Moabitas que poco á poco se han ido desvaneciendo de la campaña argentina: Iba el viejo arado de la misma forma que el de Evandro, abriendo dificultosamente el surco de la virgen tierra de la pampa al lento paso de bueyes pacientes, y el labriego, que firme mantenía la mansera, marchaba fatigado y contento entre un nimbo cándido de bullangueras gaviotas, que, tras del surco, por millares, se alimentaban de larvas nocivas, disminuyendo plagas, asegurando cosechas y cantando en el silencio enorme de la pampa el estrídulo grito de su voracidad benéfica.

Cuando el sol declinaba, cuando la pampa se estremecía al céfiro fresco de la viraz3n crepuscular, el lento buey, el antiguo arado, el fatigado labriego tomaban el camino del descanso, las gaviotas, en nimbo cerrado, volaban á la chacra lejana, calladas ya, y devolviendo el exceso de su benéfico y voraz botín del día.

Ahora la pampa está muy parcelada, ahora el buey queda en el establo para el frigorífico, ahora el labriego es

un ajustador que aprieta tornillos, que mueve rodajes de arados mecánicos: ya la pampa no es virgen, las gaviotas fueron cazadas y ya no alegran el cuadro de belleza bíblica y las larvas se multiplican y las cosechas corren peligro.

Esta especie de caza criminal debemos impedirla por todos los medios.

Se me ocurre ahora que aquí, entre tan benévolo auditorio, haya alguno que un poco tediado por tanto palabrerío mío, haya mirado ya más de tres veces, con disimulo, su reloj y sienta aliviada un poco su depresión por la visible disminución del voluminoso paquete de carillas, el que decididamente empieza á tomar la transparencia de la hoja simple. En obsequio de él y tambien de los demás, tan generosos en escucharme, voy á terminar: pero quisiera dejar á ustedes con la impresión de todo lo bueno y todo lo justo que es proteger á los animales. Todos conocen al perro, todos conocen la larga foja de servicios y abnegaciones de esta generosa criatura, se llame San Bernardo, se llame Terranova, se llame perro sin nombre y sea producto del humilde perro callejero hecho mísero atorrante por la ingratitud humana. Por lo tanto es inútil que me detenga en contar las clásicas heroicidades del perro que desde siglos acompaña al hombre: pero así voy á resumir el corazón grande de un perro. El cristiano y caritativo dicho "Ama á tu prójimo como á tí mismo" lo mejora y lo ejecuta con más sublimidad el perro, pues esa frase, en su alma noble, se convierte en: "Ama á tu amo más que á tí mismo"

Señores, yo soy como Ramón, el honrado labriego de la quinta de Belgrano, y comprendo su lógica sencilla y estricta.

Si alguien hubiera encontrado eficaces mis palabras, no me alabe en su mente diciendo que yo soy un tigre. Prefiero, como Ramón, ser comparado á un burro.

El embonpoint de la hipopótama hizo creer por un momento en una sucesión asegurada y por consiguiente en goces más elevados de ese hogar estéril. Estamos autorizados para manifestar que las esperanzas, á pesar de otros indicios, han sido del todo defraudadas.

Contrariamente á lo que se aseguraba, el distinguido rinoceronte se encuentra fuera de peligro, habiendo cedido á los cuidados de la ciencia la nefritis que lo aquejaba.

Nos congratulamos en dar esta noticia que pondrá término á los rumores que corrían sobre la gravedad del rinoceronte.

Son nuestros huéspedes distinguidos treinta y ocho perros de Groenlandia, attachés á los trineos de la expedición alemana al polo Sur. Llegaron á nuestro puerto en el espléndido vapor de carga "Santa Cruz" y se alojan ahora en el gran hall del "Osos Hotel."

A su llegada fueron muy agasajados por la colectividad perruna groenlandesa que se deshacía en cumplimientos y fuertes ladridos. No acostumbrados á nuestra cocina criolla, han traído consigo un "cordon bleu" que les prepara diariamente su menú compuesto de un caballo y un quintal de pescado. Con ese régimen y con el descanso se han repuesto del largo viaje y se sienten ya fuertes para continuar con rumbo al sud lejano.

La mayor parte de las esposas de los distinguidos attachés no bajaron á tierra, habiéndose visto obligados á permanecer á bordo por haber tenido numerosas familias dos días antes de la llegada del vapor. El bello sexo que se ha alojado en el Osos Hotel está compuesto solamente por las perras *jung-frauen*.

Siguiendo la costumbre establecida por los pavos reales de dedicar los últimos días de Septiembre á ensayar los grandes coros primaverales, que tienen lugar en el mes siguiente, hemos tenido el desagrado de asistir á las pruebas generales ejecutadas en el diapasón más alto y más desafinado que garganta de pavo pueda emitir. El angustioso final de toda romanza de estos gallináceos, el famoso grito onomatopéico que parece decir claramente: "me ahogo" "me ahogo," fué dicho con tanta pasión y tanto verismo por el pavo de espalda negra, encaramado entre las ramas de un alto timbó, la ilusión era tan completa que al claro de luna de esa noche beethoveana los oyentes miraron angustiados al centro del lago para ver si realmente el pavo se ahogaba. Como nunca falta la nota de esprit en una selecta y cultísima reunión social, hubo una pava que murmuró sotto-voce, diciendo: si mi compañero se está ahogando no es seguramente por el agua sino por las nueces que lo atoran.

Dió lugar á una brillante reunión social la innovación establecida de distribuir á las 5 de la tarde 20 centavos de maní entre las monitas del Paraguay y las macacas de Asia. El savoir faire del guardian distribuidor del maní es tal que estos pierden desde el principio ese estiramiento un poco "embarrassant" de los primeros momentos de toda reunión y con la "sans facon" más adorable se arrojan sobre ese ambigü extendido en el suelo. Desde lo alto de la cúpula y por la escalera de honor (todavía no ha llegado hasta los monos la moda

inglesa de hacerse fotografiar en ella) bajan á precipicio y bullangueras las monitas del Paraguay: inútil por otra parte tomar "emplacements" estratégicos, porque esas paraguaguayitas carecen de pantorrilla, y la "fourrure" natural que usan es jupón más serio y modesto que cualquier "tailleur" á l' entrave." La "fourrure" de los monos souple y elegante no moldea cuerpos de las monas y no hace arrugas bien determinadas, á pesar que ellas descuidan hasta el uso de una combinación: dicen que ese artículo de malla ajustado al cuerpo es anti-higiénico si no se cambia por lo menos dos veces al día, y no se presta á los movimientos del cuerpo, sobre todo á los fisiológicos.

Estas graciosas y muy reservadas criaturas, en el modo de vestir no han entrado todavía en la moda de la "poche á main" de género antiguo colgante de largo cordón. Y por lo tanto en la exquisita angurria con que quieren llevarse el mayor número de bombones cargan con quince á veinte manís cada una en la boca, sus "poche á figure," y rapidísimas vuelven á remontar la escalera de honor para ir á sentarse en la alta corniza y comer tranquilamente sus manís entre el bavarda-ge alegre y frívolo de su joven edad.

Empieza entonces la segunda parte de la fiesta: la lluvia de cáscaras de maní y alguno que otro grano pelado que se les escapa de las manos. Entra entonces en el hall el chanco que cohabita con ellas y que urguetea y que amablemente rezonga encontrando tan escasa cosecha. Es el otro número de la fiesta, porque el chanco va siempre montado por una ó dos elegantísimas amazonas, las que, por la habilidad, y si no fuera su alto rango social llamaríamos valientísimas ecuyeres: estas niñas de la más alta sociedad monil, completamente despreocupadas de manejar una cabalgadura tan inusitada, van muy á "son aise" comiendo manís y saludando á sus amiguitas que desde allá arriba las aplauden por tanto arrojo.

Decididamente el maní del "five o'clock" es una fiesta original y llena de encantos.

El hogar de los dromedarios ha sido alegrado con un nuevo vástago: el domingo 1° de Octubre amaneció entre los cardales floridos, un nuevo jorobadito. Tanto la madre como el neonato gozan de perfecta salud; pero como las obligaciones de la vida mundana, y sobre todo los continuos desfiles de "garden party", obligan á la bella mamá á quedar largas horas ausente de su "home," ésta se ha visto obligada á aceptar el consejo de los médicos, de entregar el interesante ba'by á los cuidados alimenticios de una ama de leche: ha sido elegida para tal oficio una excelente burra, la que debido á su modesta condicion social, ha podido entregarse con todo celo al desempeño de sus oficios maternales: y el jorobadito, caso muy raro, no siente la voz de la sangre, sino que reconoce tan sólo el rebuzno de la burra lechera; la adora tanto que todo el mundo lo cree hijo de la burra.

En el local que fué antes el "Girafa Hotel," será servido en la noche del 1° de Noviembre, el banquete de despedida con que la dirección del Jardín Zoológico obsequia á los ponys de Mongolia, con motivo de su viaje á las tierras antárticas. La salida ha sido fijada para el 2 de Noviembre en el vapor "Tarnoff" que lleva los últimos refuerzos de víveres y elementos á la expedición alemana al Polo Sur.

Noviembre: es el mes que en la costumbre zoológica está destinado á consagrar de prisa todos los noviazgos iniciados en la season de invierno.

Se anuncia para la primera semana de Noviembre el enlace del oso Baribal, con la osa parda de los Pirineos; el del búfalo de Italia, con su prima la del Congo; el leopardo, con la

pantera. Para fines de Noviembre se espera poder concertar el enlace de un zorro plateado, con una zorrita gri de Patagonia.

Dada las condiciones naturales de los contrayentes, los enlaces serán celebrados en la mayor intimidad.

Centro de una hermosa reunión social fué en la tarde del domingo último la "pelouse" central del Jardín Zoológico.

Vimos: á la infaltable chajá; á las nerviosas, activísimas y elegantísimas gallinetas pintadas, las que habían querido dar mayor brillo á la reunion empeñandose con repetidas é insistentes invitaciones á obtener la concurrencia á la fiesta de la familia de las "oies pies" recién llegadas á esta ciudad. Como al principio éstas se resistieran un poco, las pintadas fueron á buscarlas personalmente á orilla de la laguna y las llevaron á la reunión que daban en su honor y que sin ellas hubiese resultado fiambre. Quizás por la dulce violencia, quizás por ser nuevas en el ambiente, estas elegantísimas gansas en "toilette blanche et noir" parecieron á algunas de las concurrentes "un peu gauches" y depaysées," tal como sucede á veces con los artistas de nota extranjeros, llevados con amable violencia á un ambiente aristocrático y extraños para ellos.

La selecta concurrencia allí reunida para ver y oír á esas notabilidades, fué defraudada en gran parte: fueron vistas pero no oídas; por más que los pavos dieron sus estruendosos do de pecho, las gansas no agarraron el cebo y no dijeron esta boca es mía, y al crepúsculo, el nocturno de Chopin tan deseado, fué apenas murmurado por el céfiro que dulcemente agitaba el ramaje de las plantas que formaban marco á esa notabilísima reunión.

Nuestro elegante y entrometido averiguador de flirteos, nos envía las siguientes siluetas, bajo el aspecto de adivinanza rompecabezas, para niños de cinco años:

Pertenecen los dos á la más alta sociedad del Jardín Zoológico, son de la familia de los antílopes, y siendo primos llevan ambos el mismo apellido; éste es muy corto, se compone de tres letras, siendo la primera la que sigue de la letra F. y la última la que antecede á la letra V corta; además, esta última letra es también la última de las vocales; él tiene cuernos, lo que no quita que los tenga también ella: la forma de la cabeza de él y de su cola recuerda las de los novillos, sus patas finas y nerviosas son parecidas á las del mulo. Nació en Abisinia y olvidamos decir que la segunda letra de su apellido es casi igual á la M; tiene una barrita menos. El es muy nervioso, muy expansivo en sus flirteos, y cuando pasa cerca de ella en elagantísimo y ligero galope, ella parece asustarse un poco y se refugia en el establo, desde cuyo balcón lo mira apasionada con sus grandes ojos de gacela.

El no tiene sobrenombre, al contrario los da; ella, mucho más joven que él, lo conoció recién hacen dos años; sus amigos y sus amiguitas, que son muchos, la llaman con un sobrenombre igual al de una galletita redonda que por mucho tiempo fué una de las tres cosas buenas de Bagley. No queremos detallar más para no ser tachados de indiscretos.

CASTIGAT RIDENDO MORES.

No hay nada más fácil que procurar á las gallinas una vivienda confortable y sana. Basta querer hacerlo.

Lo principal es el terreno; debe elegirse uno bien alto, mejor si es arenoso; no es posible tener un gallinero en sitio bajo, sería la muerte para las gallinas.

Las gallinas deben ser colocadas en un gallinero seco y bien resguardado; además, durante el día hay que procurarles un abrigo agradable en tiempo de lluvia y que las preserve de la humedad y del viento.

Voy á daros dos modelos de gallinero: uno simple y práctico que puede ser construído por el más modesto chacarero: (modelo) con dos puertas, una de celosía, y al fin de que cuando haya demasiado humedad las gallinas puedan cobijarse dentro del gallinero, con esa puerta cerrada.

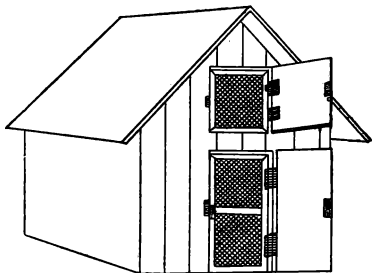
Sólo durante la noche se cerrará la otra puerta, que debe ser entera de madera, y que únicamente durante los fuertes calores de verano pueda quedar abierta. La ventanilla de arriba, en forma de celosía, debe quedar abierta toda la noche (sólo se cerrará el postigo para evitar una fuerte lluvia) para que circule libremente el aire en el interior.

Es absolutamente necesario que el gallinero tenga piso de madera, que se debe cubrir con arena seca ó de paja cortada que se renovará lo más á menudo posible.

Debe ser bastante espacioso para que las aves estén cómodas y respiren un aire no viciado. Colin, el distinguido fisiólogo de la escuela veterinaria de Alfor, dice: Una gallina ordinaria de un kilo de peso, consume 1 litro 97 de oxígeno ó sean 23 lit. 28 en veinte y cuatro horas, equivalentes á 517 metros cúbicos

Las moreras son muy indicadas á causa de sus frutos refrescantes; las gallinas aprecian en general todas las frutas muy maduras.

La caña plantada de los cuatro costados para que proteja tanto de los vientos fríos como de los calientes, es muy rústica y asegura un poco de sombra desde el primer año. Las gallinas y los patos adoran organizar sus nidos campestres y ponen allí con preferencia. Yo he rodeado de caña dos hectáreas y he plantado tambien en pequeños cuadros y he obtenido los me-



jores resultados; es por esto que me permito aconsejar á mis lectores, pues está bien estipulado que no daré el menor consejo sin haber hecho el ensayo de antemano.

Es necesario durante el primer mes garantir la caña contra la glotonería de las gallinas, que comen con placer los brotes jóvenes y frescos.

La caña cortada es de la mayor utilidad en todo corral; se hacen con ella chozas, gallineros frescos para el verano, ó se cubre el techo de los gallineros para atenuar un poco el ardor del sol.

Ahora que he cumplido mi tarea sobre los gallineros, quiero, á vuelo de pájaro, deciros dos palabras sobre la sección de avicultura de nuestra última exposición rural.

Si se hacen para todas las otras bestias los más grandes progresos, si la Exposición Rural de Palermo puede ser citada á justo título como la primera del mundo, nuestra querida rama la Avicultura ha sido bastante descuidada. La Argentina ha tomado de la America del Norte y á la Inglaterra su manera de proceder. El jurado para todos los animales, excepto las gallinas, se componen de personas muy espertas, venidas especialmente de Inglaterra, para juzgar y discernir los premios. Pero, ¿para nuestras gallinas? El jurado está compuesto de tres miembros; ¿Son ellos avicultores? ¿Han formado parte alguna vez de otro jurado que de este de Sud América? ¿No sería necesario que la Sociedad Rural hiciese algo por la avicultura? Un jurado ingles y americano enseñaría, ayudaría á apreciar las gallinas y activaría el desarrollo de esa rama.

En todas las exposiciones conocidas hay un jurado compuesto de treinta á cincuenta miembros; los expositores no son admitidos mientras que el jurado examina, allí se pesan las gallinas al sacarlas de sus jaulas, y concurren aves adultas al mismo tiempo que pollitos y pollitas. Cada raza tiene un peso neto indicado, tanto para los adultos como para los jóvenes: un exceden de peso constituye un defecto.

Los jueces buscan el tipo puro de la raza, primero la forma, el peso, el color de las plumas de arriba y de abajo, y el lote que se acerque más á la perfección de tipo recibe el primer premio.

Nunca concurre un gallo de un año al lado de uno de tres años; en Buenos Aires, sin embargo, esto sucede, y el grande gana al más perfecto pollito! Esto debería suceder, pudiendo tanto el joven como el adulto, obtener un primer premio cada uno en su sección.

¿Creéis vosotros que las Orpington blancas de Mme Padrewsky hayan sido las más grandes en las exposiciones en que han figurado, y en las que han sido reconocidas como las más hermosas que hayan existido nunca? No: eran de tamaño mediano, el tipo perfecto, de un blanco inmaculado y adornadas por las plumas más brillantes.

Yo me dedico á la avicultura con pasión, y creo que todos

los que la practican declaran que es la crianza más difícil y minuciosa pero también la más divertida.

¡Yo expongo, hasta consigo premios! y estoy inconsolable de que mi hermoso y querido lote de Wyandottes negras haya pasado desapercibido; ¡Por qué las desprecian, á excepción de la blanca?

Esperemos que las Wyandottes tomarán el lugar que les corresponde y que se reconocerán sus cualidades culinarias; también como buenas ponedoras son bien reputadas.

El Standart me interesa, y si lo permitís os hablaré de algunas exposiciones, como la de América, Inglaterra, y Francia. Esto os dará tal vez el deseo de hacer otro tanto ó quizás algo más.

WIANDOTTE AZUL

Nuestra distinguida colaboradora, cuyo escrito hemos traducido fielmente á pesar de sus ideas un poco "avancées", peca por la teorización y el defecto de tantos de querer trasplantar á nuestro ambiente de diferencias tan fundamentales con el de otros países, las menudencias, los preceptos de crianza aferrados al dogma teórico con una exageración de dañoso puritanismo y que impide muchas veces los progresos reales de una cultura determinada.

Las exposiciones avícolas en Buenos Aires no tienen absolutamente por objeto fomentar locuras de Sport, ni pagar 36.000 francos, como ha sucedido en otras partes, por un trío de gallinas, las que una vez en la olla hubieran tenido el mismo sabor de otras tres gallinas del ya subido precio de treinta francos, y las que por este precio, ya elevado, hubieran debido ser más grandes y por lo tanto de mayor rendimiento que aquellas famosas de ese exorbitante precio, las que habían quedado chiconas y probablemente anémicas por haber estado largo tiempo encerradas como preparación y truc para exposición, en la sombra poco higiénica de una jaula, para conseguir mantener inmaculado su manto blanco, exigencia apreciada por

un Stardart que fomenta el Sport, pero que no responde al concepto utilitario americano, que quiere plantel de razas puras, eliminar las muy ordinarias de antaño, refinar las existentes y formar tipos propios de carne sabrosa, de gran tamaño y buenas productoras de huevos. Al Standart argentino, que está formado y afirmado mediante los esfuerzos de los avicultores del país, poco le importa si el cándido plumaje de una raza de gallinas tenga esfumaturas menos cándidas y ambarinas, debido á los rayos del fortificante sol americano.

Hay, además, otra cuestión previa y que la zootecnia moderna tan razonable, está poniendo en tela de juicio para desechar todos los menudos detalles de máculas en el pico, del color de las plumas que forman la pesadilla de los tipos ideales de la avicultura moderna y que hacen desmerecer otras calidades de mayor utilidad en los tipos apetecidos, como ya dijimos, no para el Sport, sino para la olla.

Una vez conocidas las leyes fijas del mandelismo y las que, ignoradas antes, se han obtenido por tanteo y empíricamente por los antiguos criadores, no hay ya razón para afligirse si un Klymouth Rock batarás aparece con una mancha oscura en el pico, pues si se volviera á reconstruir esta raza con los tipos fundamentales, por cada docena de huevos, productos de las varias generaciones, se podría de antemano decir: en esta incubación obtendré tantos ejemplares del tipo deseado, tantos que tengan mayores reminescencias del tipo paterno y tantos otros que tengan reminescencias del tipo materno.

Tan es así que indistintamente un tipo perfecto de una raza determinada no tiene productos á él parecidos en absoluto, y un tipo imperfecto, y por lo tanto defectuoso para exposición, da sucesiones admirables por perfección de tipo.

Esto lo saben perfectamente nuestros mejores avicultores y muy conscientes de lo que hacen presentan á una exposición tipos ideales de una raza y tipos que tienen algunas de aquellas taras que asustan á las sportmen de las gallinas, pero no á los criadores de verdad ni á los zootécnicos, de los cuales es de suponerse que está formado el jurado de la exposición de Bue-

nos Aires; el que tiene que premiar aves nacidas en el país, y si á veces en la pobreza de este tipo porteño cierra los ojos y acepta para premio aves importadas, eso, sin dañar á nadie, lo hace con el criterio de fomentar un buen tipo de raza y sangre nueva que necesita la avicultura nacional. Por eso en la última exposición á un muy desmejorado lote de Wyandottes azules en pleno período de cambio de pluma, que denunciaba la reciente importación, se le dió un premio aparte que podría llamarse "d'encouragement", no por la treta de haber presentado un ave extranjera como ave argentina, sino porque se creía necesario dar aliciente á que esta raza se ensaye en el país.

Pero, prescindiendo de todo eso y concretándonos á los tipos expuestos por los principales criadores de las provincias del litoral, tenemos que felicitarnos de que los avicultores sigan los rumbos de los grandes criadores ganaderos: mejorar en lo posible los tipos puros que nos vienen de otros países, manteniéndose dentro del tipo establecido, pero aumentándolo en tamaño, en carne, en arrogancia, cualidades que pueden fácilmente obtenerse en nuestro clima incomparable y con la abundancia de alimentación necesaria, sana y natural y que no necesita artificios de pastones alimenticios, casi químicos, que por ser artificiales redundan al fin en daño de la salud de los planteles y de sus sucesiones.

La Plymouth Rock argentina, la Orpington argentina y tantas otras razas, se han formado ya con un tipo estable, el que indudablemente es superior en la olla á Plymouth Rock, Orpington Wyandotte de otros países.

Es inútil protestar: la gallina livornesa de excelentes calidades desarrolladas, se cambió en Norte América en la magnífica Ueghorn; la tierra americana es indudablemente un gran crisol para todas las razas.

Junto con esta correspondencia, el tren lleva una pareja de leones neuquenianos que el comisario Suárez tuvo la gentileza de enviarme desde la cordillera, y que yo remito al Jardín Zoológico de Buenos Aires, para que el señor Onelli sea su carcelero, ya que á él tan sólo corresponde el honor de ejercer soberanía sobre tales soberanos.

El comisario pesquisaba bandoleros entre las serranías de la frontera, cuando de improviso se topó con una leona que husmeaba por ahí el sendero de los rebaños.

La bala de su carabina puso á la fiera en fuga hacia el escondido cubil donde dejara sus hijos.

De la herida murió la infeliz madre, pero no sin que por el hilo de su sangre llegase el comisario al sitio donde se guarecían los huérfanos.

Este hízoles paternal regazo con el poncho, también color leonado, y á todo galopar volvióse á su comisaría donde una cabra sirvió luego de Amaltea á los cachorros.

El corazón profundamente criollo del viejo Suárez—que con este mote de cariño lo conoce el territorio — los bautizó con los nombres que hoy llevan: al macho púsole el del célebre cacique Catriel, y á la hembra la llamó Cautiva, pues que en verdad es bella como para evocar el poema inmortal de Echeverría y el correlativo y admirable mármel del talentoso escultor Correa Morales.

Hagan la experiencia los visitantes del Zoológico, y comprobarán cómo Catriel y Cautiva contestan á estos nombres con un maullido suave, si es que la barunda cosmopolita de ese nuevo vivir no ha de borrar sus recuerdos de infancia.

Sea por la dulzura cándida de la leche que bebieron, ó por su familiaridad de algunos meses con los benévulos hombres del desierto, ello es que Catriel y Cautiva son las criaturas más amorosas y dóciles que he visto. Bien se conoce que su mansedumbre no es la resignada y traidora que acecha instantes de revancha, sino la convicción íntima de que las uñas son superfluas cuando los hombres son buenos.

La comisaría que les sirvió de escuela no les aplicó el régimen poliecial, sino la influencia bonachona de los criollos sensitivos.

Se les trató como á perros; y por esto que entre la gente civilizada es colmo de trato cruel, aquí en estas soledades humildes expresa mimo amoroso.

El comisario me los remitió de Piedra del Aguila á esta capital, en una tropa de carros, de los que en quince ó veinte días de viaje traen al comercio el fruto de la cordillera.

Allí encima de las cargas, sobre muchas cumbres de vellos, hicieron la travesía. A veces descendían de un salto para retozar con los perros de la tropa, y hasta llegaban á internarse en los bosques, simulando acecho á presa imaginaria; pero cuando los peones los gritaban por sus nombres, Catriel y Cautiva aparecían saltando por la vera del camino.

Una tarde se adelantaron como vanguardia del convoy en el descenso de una cuesta sinuosa, cuya falda á su vez acertaba á descender en ese instante el jefe de policía, D. Alberto S. Arias. Verlos éste, detener el caballo y empuñar el arma, fué todo uno. Felizmente detuvo el primer disparo al divisar á los peones del convoy, y así fué cómo tornaron, el revólver al cinto y el alma al cuerpo del sorprendido jefe.

Bien sentaditos sobre sus patas traseras, Catriel y Cautiva gustaba de incorporarse por las noches en el círculo de carretas formado en torno del asado. Y mientras los peones saboreaban el mate amargo, ellos se relamían las sedas del hocico pregonando en los olorcillos del fogón el sabor de huesos tiernos, y quizá sintiendo entre sus lenguas rojas la titilación devoradora de las llamas inquietas.

Saciados los comensales y extinguidas las brasas de la hoguera, sobre el campamento caía para todos por igual la negra noche, no quedando sobre el sueño del desierto más lumbre que la azulada de las pupilas felinas en el monte y la blanquecina de las estrellas en el cielo.

Refiérese de unos peones que para remediar su escasez de mantas ante los alfilerazos de la nieve, ingeniáronse para abrigarse con el mullido pelamen de los leones, durmiendo con éstos en prolongado y tibio abrazo: cercanía y silencio muy propicios para medir en el palpitar de aquellos corazones primitivos las diversas latitudes y los lejanos ritmos de las almas.

Para alojar á esos huéspedes dispúsose una jaulá férrea en el patio de la chacra, pocos metros distantes de la carriera del ferrocarril del Sud. La indignación de los peones al ver ese aparato de cautiverio para Catriel y Cautiva confirma lo de los abrazos tibios.

Desde esa tarde de su llegada han transcurrido dos meses, de modo que en la fecha cuentan siete meses de edad. En ese tiempo ha sido irreprochable la mansedumbre de mis hospedados. La espontaneidad y buena fe de sus caricias, más de una vez han dado plena razón á los carreros, al paso que abochornan de la tontería en creer el atavismo descubierto por la pericia de los psicólogos, con posterioridad á las valerosas vidas de soledad vividas peligrosamente por los intensos eremitas.

Días pasados el estruendo brusco de un tren al rodar sobre los rieles sobresaltó á Catriel de tal manera, que se arrojó medroso contra los barrotes de la reja, y al caer escapó de fracturarse la columna vertebral.

El golpe lo mantuvo inmóvil por algunos días, cosa incomprendible para Cautiva, cuyo carácter retozón y bromista no entiende de quietud ni mucho menos de enfermedad. Quizás tomando el dolor taciturno de Catriel por desapego á su simpática persona, se propuso exasperarlo hasta no más, tal como diz hacen las mujeres con los amadores desdeñosos.

De un salto se le iba desde el techo de la jaula hasta caerle sobre el lomo, en brusco abrazo que serpeaba en flexibilidades sugerentes del inquietante "Beso" de Rodin. De un mordisco en la nuca obligólo á gemir hasta desenvainar por primera vez las garras. Amedrantada por el zarpazo apelonábbase en un rincón de la jaula, para volver luego, rampante y de hito en hito, á ofrendarle humildemente la púrpura de su lengua sobre el terciopelo del ijar.

En esta porfía de ella por hacerlo mover, por reanimarlo, vióse la abnegación de la hembra enamorada de los machos fuertes, más conforme con el contacto doloroso del rigor, que con el apartamiento de la tranquila indiferencia.

Allá se las hayan las fieras con la medicina de su raza. El caso es que Cautiva se llevó muchos rasguños, pero impuso á Catriel la voluntad del esfuerzo como curativo eficaz.

Ahora que no hay dolor ya no abusan de la caricia lacerante. Nótase que las primeras brisas de la primavera les abrillanta la piel y les comunica cierta languidez de suave desmayo en la mirada.

El pelamen de Catriel es de un dorado más gris, como si la lengua excesivamente roja de Cautiva lo recubriese de un matíz opaco de ceniza.

La piel de Cautiva es más amarillenta y flavescente, más leal al tinte plutónico de los ocasos tempestuosos.

Cautiva procura distraerse entre la jaula. Su carácter sigue siendo frívolo y bromista: un pájaro que pase, una gallina que se acerque, el pitazo de un tren ó el zumbido de una mosca, todo eso le da pretexto para mil monerías de señorita nerviosa.

Catriel, en cambio, se muestra más tímido con ella, más indiferente á los ruidos de la casa, pero más sumiso al éxtasis solar y más atento al movimiento cambiante de las nieblas en el cielo. Casi nunca se levanta de su lecho de heno sino para convencerse de que la puerta de la reja está cerrada. Mientras la mirada de Cautiva se va gozosa tras cualquier hoja que vuela, la de Catriel pasa horas y horas escrutando el perfil

sinuoso de la sierra, como si esperase la liberación para su espíritu por aquel sendero serpentino.

Absorto en quién sabe qué variaciones del horizonte estaba Catriel días pasados, cuando el gruñido de un cerdo escapado del chiquero lo exasperó de nuevo hasta la ferocidad más alarmante. Las ágatas antes dulces y transparentes de sus ojos se enrojecieron con fulgurantes livores de violencia, sus uñas abandonaron por primera vez el estuche sedoso de la garra, y el azote de su cola arbolada le arrancó del ijar hipidos sordos.

La dulce mansedumbre que bebiera en la leche de la cebra quizás había desaparecido para siempre.

Tal duda obligó á pensar en el destino de estos huéspedes. Así mansos como parecen ser, restituirlos á la libertad de los desiertos sería tal vez entregarlos al martirio, pues á nadie se escapa que en los tiempos actuales la demasiada mansedumbre es muerte.

Tenerlos entre la gente era harto peligroso, desde que esa repentina ferocidad ante la presencia de un cerdo revelaba la aparición de instintos de realeza é indomable aristocracia asaz incompatible con la cultura democrática de los hombres modernos. Entonces no había más que remitirlos á Onelli, el único que en el país ejercita legítima jurisdicción sobre tan complicados fueros y linajes.

Norabuena, si él descubre tratamientos compasivos para tan altas nostalgias. Ojalá las casuarinas del parque de Palermo les remeden la orquestación de sus pinares neuquenianos; y ojalá que la triste y amargurada carne de los trágicos caballos de tranvía, no les agrave las saudales por la apetitosa sangre de potrillos olorosos á pastizales asoleados.

Advierto, en general, á los visitantes del Zoológico, que la presencia de un cerdo encendió en Catriel la primera chispa de odio. Es una advertencia como cualquiera otra.....

Movimiento administrativo del tercer trimestre de 1911

Entradas al Jardín Zoológico: 319.873 visitantes ó sean 19.030 visitantes más que en el tercer trimestre del año 1910.

Los pasajeros de tranways, cochecitos, petizos y camellos han producido \$ m|n. 3.729.80.

Ingresado á la Tesorería Municipal: \$ 36.546,45 m|n.

Se han consumido:

Forraje seco	98.455 kilos
Granos en general .	14.900 ''
Pan .	13.709 ''
Leche .	936 litros
Caballos carneados .	161 animales
Pasto verde . . .	90 carradas
Carne especial .	92 piernas de ternera
Pescado . .	571.20 \$ m n
Fruta y verdura	1.610 ''



PABELLÓN DEL ÁGUILA



SUCURSAL DE LA CONFITERÍA DEL AGUILA



Santiago Canale

Lujoso Establecimiento en el Jardín Zoológico



BAR, CONFITERÍA
LUNCH, ETC.

Abierto desde las 7 a. m. hasta las 5 p. m.



**Con una entrada especial sobre la Avenida Sarmiento
frente á la Sociedad Rural**

La correspondencia y colaboraciones, á nombre del director.

Para avisos y suscripciones dirigirse al administrador del Jardín Zoológico.

Año. \$ 5,—

Número suelto . . . » 1,50